
ECOSOCIOLOGIA: ALGUNOS ELEMENTOS TEORICOS PARA EL ANALISIS DE LA COEVOLUCION SOCIAL Y ECOLOGICA EN LA AGRICULTURA

Eduardo Sevilla Guzmán
y Manuel González de Molina Navarro

Instituto de Sociología y Estudios Campesinos

I. INTRODUCCION

El presente trabajo ha sido elaborado pensando en la comunidad sociológica y constituye uno de los primeros resultados de una reciente¹ línea

¹ Los antecedentes inmediatos están en la introducción de una nueva asignatura en el plan de estudios de 1984 de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de la Universidad de Córdoba sobre *Historia de la Agricultura*, coordinada por José Ignacio Cubero Salmerón (genetista), Cándido de Santiago (entomólogo) y Eduardo Sevilla Guzmán (sociólogo). Y, sobre todo, el antecedente clave se encuentra en el trabajo iniciado entre este último y Manuel González de Molina hace varios años: Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «En los orígenes del nacionalismo andaluz: reflexiones en torno al proceso fallido de socialización del andalucismo histórico», en REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, núm. 40, octubre-diciembre 1987, pp. 73-95; Eduardo SEVILLA GUZMÁN, Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Karl HEISEL, «El latifundio andaluz en el pensamiento social agrario: de la Revolución burguesa al Regeneracionismo», en *Economía e Sociología*, núms. 45/46, Evora, 1988, pp. 149-194; Eduardo SEVILLA GUZMÁN y Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA, «Política social agraria del primer franquismo», en José Luis Delgado (ed.), *El primer franquismo: España durante la II Guerra Mundial* (Madrid: Siglo XXI, 1989); Eduardo SEVILLA GUZMÁN y Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA, «Para una teoría del nacionalismo periférico: el caso andaluz», en Eduardo Sevilla Guzmán (ed.), *Aproximación sociológica al andalucismo histórico* (Córdoba: Excmo. Ayuntamiento, 1989), pp. 37-97; Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «Reflexiones sociológicas sobre el campesinado en el proceso histórico andaluz: en el caso de la Alta Andalucía (1758-1930)»,

de investigación² desarrollada en las Universidades de Córdoba y Granada³.

El hecho de que la agricultura consista en la manipulación por parte de la sociedad de los «ecosistemas naturales» con el objeto de convertirlos en «agroecosistemas» supone una alteración del equilibrio y la elasticidad original de aquéllos a través de una combinación de factores ecológicos y socioeconómicos⁴. Desde esta perspectiva, la producción agraria es el resul-

en *VII Jornadas de Andalucía y América*, La Rábida, 14-16 marzo 1988; Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «Movimiento jornalero y andalucismo histórico», en *Os Nacionalismos na Segunda República (1931-1939): Centenario Otero Pedrayo 1888-1988*, Pazo de Mariñán (A Coruña), 29-30 septiembre y 1 octubre 1988; Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «Campesinización y proletarización en Andalucía (1758-1930): una aportación empírica y algunas hipótesis para continuar», en *Primer Congreso de Historia Contemporánea de Andalucía*, Málaga, 3-5 mayo 1990. Estos tres últimos, en prensa.

² Durante los últimos tres años, un grupo de ingenieros agrónomos, sociólogos e historiadores, dirigidos por los responsables de estos papeles, estamos trabajando desde una perspectiva integradora del conjunto de conocimientos que tanto las ciencias naturales como las ciencias sociales permiten aportar al conocimiento de la evolución de la agricultura. Los primeros avances relacionados de alguna manera con este trabajo, y realizados en el seno del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba, han empezado a hacerse públicos recientemente en el *Segundo Congreso Asturiano de Sociología*, que tuvo lugar en Perlera del 20 al 22 de abril de 1990, donde presentamos los siguientes trabajos: E. SEVILLA GUZMÁN y M. I. RAMOS VADILLO, «Viejas y nuevas desigualdades en la Teoría Sociológica Agraria», y A. LÓPEZ CALVO, B. PÉREZ y E. SEVILLA GUZMÁN, «Nuevas y viejas desigualdades en el campo andaluz», y en el *XIV European Congress for Rural Sociology*, que tuvo lugar en Giessen del 16 al 20 de julio de 1990, donde presentamos los siguientes trabajos: M. GONZÁLEZ DE MOLINA y E. SEVILLA GUZMÁN, «Towards an Ecological Neopopulism»; E. SEVILLA GUZMÁN, K. HEISEL y A. LÓPEZ CALVO, «New Forms of Cooperativism in Ecological Agriculture: as Demands of Peasant without Land Movement», y Taller de Estudios Campesinos, «Agrarian Change and Peasant Mentalities: The Case of Látifundist Andalusia».

³ En el curso 1990-91 se introduce una nueva asignatura optativa, para alumnos del sexto y último curso, en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Córdoba sobre *Agricultura Ecológica*, que, no sin resistencias del enfoque tecnológico de la modernización agraria hegemónica en la citada institución, pretende articular la docencia con la investigación al incorporar a jóvenes ingenieros agrónomos a esta línea de trabajo. El programa de la citada investigación ha sido elaborado, junto a los profesores de la citada institución cordobesa, por Juan Gastó (de la Universidad Católica de Chile), J. D. van der Ploeg, y Peter Vereijken (de la Universidad Agraria de Wageningen, Holanda), que van a colaborar en la impartición de la docencia de la citada asignatura, y por Ignacio Amián, que, como presidente de UMBELA (Asociación para el Desarrollo de la Agricultura Ecológica en Andalucía), permitirá que ésta se integre al experimento permitiendo que las explotaciones de los miembros de dicha Asociación sean utilizadas para el desarrollo de la orientación práctica de la asignatura. Junto a las explotaciones de los «nuevos ecologistas» figuran varias fincas que, organizadas de forma comunitaria, son explotadas por «viejos ecologistas» jornaleros que reciben apoyo técnico de los agrónomos vinculados al Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba. Se pretende con ello establecer un puente, a través de la práctica, entre el ecologismo, de corte verde, europeo y el ecologismo de los pobres, en palabras de Martínez Alier (cfr. su reciente trabajo «La interpretación ecologista de la historia socioeconómica: algunos ejemplos andinos», en *Historia Social*, núm. 7, primavera-verano 1990, pp. 137-162).

⁴ Cfr. Miguel A. ALTIERI, *Agroecology. The Scientific Basis of Alternative Agriculture* (Boulev: Westview Press, 1987), p. 5.

tado de las presiones socioeconómicas que realiza la sociedad sobre los ecosistemas naturales, produciéndose una co-evolución, en el sentido de evolución integrada, entre cultura y medio ambiente. El que la economía convencional, tanto desde su perspectiva liberal como marxista, descansa sobre simples convenciones de la sociedad, estando, por tanto, basada en valores culturales contingentes, determina que existan fuertes e insalvables contradicciones entre los esquemas explicativos de la Teoría económica actual y el conocimiento aportado por las ciencias naturales. No es éste lugar para repasar la «antigua tradición» de pensamiento alternativo a las formas de desarrollo socioeconómico hasta ahora adoptadas, desencadenada por la crítica del populismo⁵ ruso de la segunda mitad del ochocientos⁵ y continuada por autores como Alexander V. Chayanov⁶ y el premio Nobel de Química Frederick Soddy⁷, entre otros. Aunque sí sea necesario subrayar la marginación académica, no exenta de tintes represivos, a que se ha visto sometida esta línea de pensamiento, que se ha tornado en abierta persecución política cuando ha osado pasar al terreno de la acción mediante el análisis de las consecuencias políticas de sus hallazgos. Baste señalar, por lo cercano, la reciente demostración de José Manuel Naredo y Juan Martínez Alier⁸ respecto a que los conceptos de capital, inversión y contabilidad nacional, entre otros, entran en colisión con principios de las ciencias naturales tales como las leyes de la termodinámica o el principio de intercambio abierto de la ecología general⁹. El desarrollo torcido del pensamiento económico, unido a la lentitud de la renovación científica que esta disciplina

⁵ La obra clave sobre este tema es Franco VENTURI, *Il populismo russo* (Turín: Guido Einaudi editore, 1952). Hay traducción castellana en Revista de Occidente y reedición en Alianza Universidad. Cfr. E. SEVILLA GUZMÁN, «Hacia una caracterización del anarquismo agrario», en E. Sevilla Guzmán y Karl Heisel (eds.), *Anarquismo y movimientos jornaleros en Andalucía* (Córdoba: Excmo. Ayuntamiento, Colección Díaz del Moral, núm. 9, 1988), y, específicamente, «La praxis populista como contexto», pp. 23-46, pp. 34-44.

⁶ Cfr. la excelente selección de textos de Fiorenzo Sperotto, con un interesante prefacio de Giovanni Mottura, en Aleksandr Vasilevic CAJANOV, *L'economia di Lavoro* (Milán: Franco Angeli/Insor, 1988), y E. SEVILLA GUZMÁN, «Redescubriendo a Chayanov», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 55, 1990.

⁷ *Cartesian Economics. The Bearing of Physical Science upon State Stewardship* (Londres: Henderson, 1922); T. J. TRENN, «The central rol of energy in Soddy's holistic and critical approach to nuclear science economics and social responsibility», en *British Journal for the History of Science*, vol. XII, núm. 42, 1979; Hermann DALY. «The economic thought of Frederick Soddy», en *History of Political Economy*, vol. 12, núm. 4, 1980.

⁸ Cfr. José Manuel NAREDO, *La economía en evolución* (Madrid: Siglo XXI, 1987), pp. 53 y ss., y su trabajo «La contradicción desarrollo-medio ambiente a la luz de las ciencias de la naturaleza», en *Información Ambiental*, núm. 5, primavera 1985, pp. XVI-XXIII; Juan MARTÍNEZ ALIER, «Economía y ecología: cuestiones fundamentales», en *Pensamiento Iberoamericano*, 1989, pp. 41-60, y, sobre todo, su excelente trabajo con Klaus SCHLUPMAN, *Ecological Economics* (Oxford: Blackwell, 1987).

⁹ Juan GASTÓ, *Ecología. El hombre y la transformación de la naturaleza* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1981).

posee en sus mecanismos de evolución, está llevando a la humanidad a un callejón sin salida: no es que la Naturaleza se halle en peligro (aunque sí exista para muchas formas de la vida terrestre); es la sociedad humana quien camina abiertamente hacia su extinción.

No hay duda que la Naturaleza proseguirá, pero de lo que tampoco hay duda es de que si continúan produciéndose las modificaciones que la composición química de la atmósfera está experimentando, como consecuencia de la prevalente liberación de dióxido de carbono sobre las posibilidades de absorción de los océanos y la fotosíntesis, toda vida superior se extinguirá sobre el planeta en un tiempo histórico muy reducido. Son los modos de producir, valorar y distribuir la riqueza que ha desarrollado la sociedad quienes han generado tal situación. Las políticas ambientales adoptadas por los gobiernos de los llamados «países desarrollados» sólo pueden retrasar el proceso unas cuantas generaciones. Pero el consumo de dióxido de carbono de los 10.000 millones de habitantes que habrá dentro de cien años y de las actividades productivas humanas, ecológicamente superfluas —un automóvil consume cada 1.000 kilómetros la misma cantidad de oxígeno que necesita un ser humano para vivir un año— y energéticamente irrenovables, es algo que será bióticamente imposible de soportar si no cambia la forma de producción y consumo actuales¹⁰.

Las presiones socioeconómicas realizadas por la sociedad, y legitimadas académicamente por la «ciencia económica» actual, sobre los ecosistemas son una trágica evidencia empírica de la ineluctable necesidad de un cambio de paradigma para el conjunto de las ciencias sociales. El papel hegemónico desempeñado sobre éstas por la ciencia económica ha determinado que el

¹⁰ Y ello sin considerar la difusión de venenos ecosistémicos: contaminación del agua potable, afectada por residuos agroindustriales que alteran, además, la estructura y composición de las capas freáticas —cada año mueren cuatro millones y medio de niños envenenados—; degradación de los océanos —cada año se vierten a éstos veinte millones de toneladas de desechos humanos—; incremento de la carga química del ambiente, tanto por las prácticas agrícolas como farmacéuticas; disminuye paulatinamente la fertilidad del suelo —disminución del 50 por 100 del índice de fertilidad de las tierras negras de Ucrania, modelo histórico de acritud agraria del suelo—. No hemos hecho mención a una amenaza fuertemente vinculada a la forma de producir, en este caso de vender: el invierno nuclear. David y Marcia PIMENTEL, *Food, Energy and Society* (Londres: Edward Arnol, 1979); Rafael HERNÁNDEZ AGUILA, *La crisis ecológica* (Barcelona: Laia, 1989); Lester R. Brown (ed.), *State of the World 1989* (Woldwatch Institute, 1989); Richard Merrill (ed.), *Radical Agriculture* (Nueva York: Harper & Row, 1976), y, respecto al peligro atómico, cfr. Owen GREENE, Ian PERCIVAL e Irene RIDGE, *Nuclear Winter. The Evidence and the Risks* (Oxford: Basil Blackwell, 1985). Tiene extraordinario interés el último número de la revista: *Mientras Tanto*, núm. 41, verano 1990, y en especial el trabajo de C. ANTUNES, P. JUKIN, P. KEMP, I. STENGER, W. TELKAMPER y F. O. WOLF, «Por una alternativa verde en Europa. Manifiesto Ecosocialista», pp. 59-171, pp. 62-77 para nuestra argumentación. Cfr. también del primer autor, con L. E. HURD, A. C. BELLOTI, M. J. FOSTER, I. N. OKA, O. D. SHOLES y R. J. WHITMAN, «Food Production and the Energy Crisis», en *Science*, vol. 182, núm. 4111, 2 noviembre 1973.

conjunto de las ciencias sociales se mueva entre la dualidad de los paradigmas liberal y marxista¹¹. Los intentos hasta ahora realizados para modificar tales paradigmas introduciendo una perspectiva ecológica no han conseguido aún modificar realmente éstos¹², aun cuando recientemente se estén realizando notables progresos¹³. En nuestra opinión, el cambio sustantivo aparece del lado de las ciencias naturales, y concretamente de la Agroecología, ante la necesidad de disciplinar las crueles veleidades señaladas anteriormente por parte de las ciencias sociales, lideradas por la economía y su degeneración crematística¹⁴.

El presente trabajo constituye un modesto intento por profundizar en algunos aspectos relacionados con el cambio social y los procesos históricos que aún no ha desarrollado el pensamiento agroecológico. Se trataría no sólo de integrar una dimensión ecológica en los estudios tradicionales sobre el cambio social en la agricultura¹⁵, sino también de aportar elementos relevantes que éstos han producido en una nueva teoría que «se distingue de una manera singular por su reconocimiento de la coevolución social y ecológica, de la inseparabilidad de los sistemas sociales y ecológicos»¹⁶. Tal intento debe partir, necesariamente, de una reconsideración de las teorías que, desde el marco del marxismo, plantearon una visión del proceso histórico en la agricultura con mayor difusión y fertilidad analítica; ya que, a pesar de todo, la tradición marxista ha albergado las críticas más significativas sobre el mercado y los mecanismos de funcionamiento de la sociedad capitalista.

¹¹ Una esquemática argumentación en este sentido para su aplicación al concepto de latifundio puede verse en E. SEVILLA GUZMÁN, M. GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO y Karl HEISEL, «El latifundio en el pensamiento sociológico agrario», en *Economía e Sociología*, núms. 45/46, Evora, 1988, pp. 149-194.

¹² Los análisis pioneros en este sentido proceden del enfoque neoevolucionista de la antropología en su aportación a los Estudios Campesinos (cfr. Eduardo SEVILLA GUZMÁN y Howard NEWBY, *Introducción a la sociología rural*, Madrid: Alianza Universidad, 1983) y de su relativamente reciente derivación, liderada por Marvin Harris, conocida como ecología cultural (cfr. la propuesta inicial en Marvin HARRIS, *The Rise of the Anthropological Thought...*, op. cit.). Desde el pensamiento liberal, el enfoque del ecodearrollo introducido por Ignacy Sachs en los años setenta, paralelo al de «tecnologías apropiadas», resulta una perspectiva que parece aceptar las modificaciones precisas para que el sistema pueda seguir funcionando, aunque cuente con ardientes defensores marxistas.

¹³ Entre los más destacados se encuentran los de Juan MARTÍNEZ ALIER y José Manuel NAREDO, conjuntamente, «A Marxist Precursor of Energy Economics: Podolinsky», en *Journal of Peasant Studies*, enero 1982), o por separado (cfr. notas 3 y 8, entre otros recientes trabajos).

¹⁴ La expresión es de Juan Martínez Alier en su intento de reconceptualizar, utilizando el pensamiento de Aristóteles, el concepto de economía desde la crítica ecológica. Cfr. su trabajo *Economía y ecología...*, op. cit., p. 41.

¹⁵ Eduardo SEVILLA GUZMÁN; «La otra sociología rural», en Howard NEWBY y E. SEVILLA GUZMÁN, *Introducción a la Sociología rural* (Madrid: Alianza, 1983).

¹⁶ R. B. NORGAARD, «Coevolutionary agricultural development», en *Journal of Economic Development and Cultural*, en Miguel A. ALTIERI, *Agroecología. The Scientific Basis...*, op. cit.

El eje central de este replanteamiento se encuentra, desde nuestro punto de vista, en la manera en que el pensamiento marxista tradicionalmente entendió la evolución de las sociedades rurales. Y éste será el hilo argumental de las reflexiones que siguen, muy centradas, a su vez, en dos aspectos que ocuparon un lugar clave en su construcción del proceso evolutivo: el papel de la producción campesina en el desarrollo del capitalismo en el campo y las modalidades de relación entre ambos. Finalmente, trataremos de aportar, desde una perspectiva que proponemos llamar «Ecosociología» —es decir, integradora del hombre y de la naturaleza—, algunos elementos con los que poder entender el proceso histórico en la Agricultura.

II. SOBRE LA EVOLUCION DE LA AGRICULTURA EN EL PENSAMIENTO SOCIAL

Tanto Marx como Engels, fundadores del Materialismo Histórico, elaboraron una forma de pensar la historia encaminada a descubrir las estructuras esenciales de la sociedad para, a través de ellas, explicar sus mecanismos de evolución¹⁷. En sus obras subyace, por tanto, una teoría de los modos de producción y de las formaciones socioeconómicas. De una manera simplificada, podría decirse que el esquema marxista del proceso histórico parte de la hipótesis general de que «la historia de la humanidad es la de la transición de formas de organización social sin clases a las sociedades de clases»¹⁸.

¹⁷ La más clara, aunque harto esquemática, exposición de tal construcción teórica se encuentra, como veremos más adelante, en Angel PALERM, *Modos de producción y formaciones socioeconómicas* (México: Edicol, 1977), que constituye una guía de aprendizaje. Cfr. también su trabajo *Antropología y marxismo* (México: CIS-INAH, Nueva Imagen, 1980). No obstante, en su forma originaria la caracterización de los esquemas de evolución del proceso histórico tal como Marx lo esbozara en sus anotaciones ha sido reconstruida partiendo de su *Crítica de la economía política*, que hoy se conoce como los *Grundrisse*. Cfr. Karl MARX, *Grundrisse* (Harmondsworth: Penguin Books, 1974), con un excelente estudio introductorio de Martin Nicolaus; hay una edición castellana como *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), 1857-58* (Madrid: Siglo XXI, 1972), 2 tomos. Cfr., también, Eric J. Hobsbawm (ed.), *Karl Marx. Precapitalism Economic Formations* (Londres: Lawrence & Wishart, 1964). Versiones castellanas en Gregorio Ortiz, en Madrid: Ciencia Nueva, primero, y Ayuso, después, en primera edición de 1967 y segunda de 1975, respectivamente; o, más cuidada, de G. Ortiz, J. Pérez Royo y W. Rocés, en Barcelona: Grijalbo, 1979. Cfr., igualmente, Maurice GODELIER, *Sur les sociétés precapitalistes* (París: Editions Sociales, 1970), y su versión castellana con el título de *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas* (Barcelona: Laia, 1971). Recientemente ha aparecido en castellano la edición de Krader de *sobre los cuadernos etnológicos de Marx*, que permiten interpretar su pensamiento, dentro del esquema evolutivo del proceso histórico, respecto a las sociedades no occidentales y precapitalistas. *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, transcritos, anotados e introducidos por Lawrence Krader (Madrid: Pablo Iglesias-Siglo XXI, 1988).

¹⁸ Karl Marx, carta a J. Weydemeyer del 5 de marzo de 1852, citado en M. GODELIER,

En tales esquemas de pensamiento, el marxismo condena a la desaparición, por anacrónicas, determinadas formas de explotación. En efecto, tales categorías fueron integradas en el Materialismo Histórico en el contexto de los «órdenes económicos» respectivos en los que se encontraron y analizados de acuerdo no con sus dinámicas internas específicas, sino con las que marcaban la evolución de tales «órdenes económicos».

El hecho de que tal teoría general de la evolución histórica, elaborada por los fundadores del marxismo, no aparezca en un trabajo definido, sino que se encuentre dispersa a lo largo de sus obras, ha generado un «equívoco histórico» respecto al papel de la agricultura en tal esquema teórico. El único lugar donde Marx estudia específicamente la evolución de la agricultura es en el análisis de la *génesis de la renta capitalista del suelo* que realiza en el tomo III de *El Capital*. Diversas formas de explotación son aquí esbozadas en aquellos aspectos relacionados con la evolución histórica de la renta del suelo. Y es este concepto el elemento conductor de una argumentación explicitada como sólo válida teóricamente para Europa¹⁹. Por otra parte, este análisis se realizó mediante la ficción metodológica del dominio del capitalismo en todas las ramas de la producción, por un lado, y mediante la proyección, desde el pasado hacia el presente, de los elementos escrutados²⁰.

La marginación paulatina de la pequeña explotación campesina en el proceso de penetración del capitalismo en el campo en favor de la explotación agraria a gran escala fue analizada por Marx en el tomo I de *El Capital*, utilizando la experiencia inglesa (*enclosures acts*, leyes de pobres, etc.) como forma de contrastación empírica. Por ello, la *visión unilineal* del proceso histórico allí reflejada sólo es válida para la configuración inicial del centro del sistema económico mundial²¹. Pues bien, la extrapolación de este análisis y

La notion de «mode de production asiatique» et les schémas marxistes d'évolution des sociétés (ERM, 1964); la primera edición castellana es de Buenos Aires: Educor, 1966. Utilizamos la edición castellana Maurice Godelier (ed.), *Sobre el modo de producción asiático* (Barcelona: Martínez Roca, 1969), pp. 13 y 64.

¹⁹ Y ello en el contexto de lo que Marx denomina la economía natural, «donde ninguna parte o sólo una parte insignificante del producto agrícola entra en el proceso de circulación, e incluso sólo una parte insignificante de la porción del producto constituye la renta del terrateniente como ocurría, por ejemplo, en muchos latifundios de la antigua Roma y en las villas de Carlomagno y como sucede más o menos... durante toda la Edad Media». KARL MARX, *El Capital* (México: FCE, 1966), p. 729.

²⁰ Sobre el método empleado por Marx al escribir el tomo III de *El Capital* como intento de dar continuidad a su enfoque teórico y metodológico, cfr. Angel PALERM, *Modos de producción y formaciones socioeconómicas* (México: Edicol, 1976), y Maurice GODELIER, «Introducción: el análisis de los procesos de transición», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, 1987, pp. 3-15.

²¹ Seguimos aquí la conceptualización de Wallerstein, aunque, como veremos más adelante, critiquemos tal enfoque en aspectos esenciales de su núcleo teórico.

su *categorización teórica como explicación universal* constituyó el núcleo teórico central a través del cual se interpretó la evolución de la agricultura en el proceso histórico, interpretación ésta que aquí denominamos como *Marxismo Agrario*²². Sus formuladores fueron Karl Kautsky, por un lado, y Vladimir I. Lenin, por otro²³. Aun cuando ambos autores tuvieran un fuerte enfrentamiento en el terreno de la práctica política²⁴, su visión del avance del capitalismo en el campo fue sustantivamente similar. Y ello no es casual, ya que ambos pretendieron dar continuidad teórica al trabajo de Marx y a la lectura que ambos hicieron del capítulo de *El Capital* antes señalado con un profundo conocimiento de su obra hasta entonces publicada.

En un esfuerzo de síntesis, el Marxismo Agrario podría definirse como el esquema teórico que interpreta la evolución de las estructuras agrarias en el proceso histórico a través de las siguientes características: 1) una *evolución unilineal* de la agricultura determinada por el *crecimiento de las «fuerzas productivas»* y la *configuración del progreso como resultado*²⁵; 2) una *secuencia histórica de fases o modos de producción irreconciliables entre sí* que disciplinan los cambios en la agricultura; 3) la centralización y concentración como procesos necesarios al capitalismo industrial eliminan al campesinado de la agricultura al ser aquél incapaz de incorporarse al progreso técnico; 4) la gran explotación agraria posee una *potencial superioridad técnica* que, a través de las ventajas de las «economías de escala», permiten el crecimiento de su composición orgánica del capital, avanzando así hacia la socialización de la producción agraria, y 5) la existencia de una *contraposición básica entre la gran y pequeña explotación*, cuyo desenlace es la proletarianización del campesinado y la polarización social en el campo.

²² Su legitimación global se debe a Engels, quien (muerto Marx y con los materiales que preparó para entender la dinámica del campesinado en el proceso histórico) en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1884) presentó la universalización del esquema unilineal. Cfr. L. Krader (ed.), *Karl Marx: The Ethnological Notebooks* (Amsterdam: Van Groen, 1972). Hay una versión castellana reciente en Madrid: Siglo XXI/Fundación Pablo Iglesias. Para entender la relación intelectual de Marx y Engels y su divergencia final es imprescindible el trabajo *Storia del marxismo. 1. Il marxismo ai tempi di Marx* (Milán: Giulio Einaudi editores, 1978), y en especial los trabajos de Hobsbawm (pp. XXVI-XXIX), Lawrence Krader (pp. 211-244) y Gareth Stedman Jones (pp. 315-354).

²³ En 1899 se publicaron los trabajos en que ambos autores analizan el desarrollo del capitalismo en la agricultura. Kautsky utiliza Alemania como referencia empírica y Lenin hace lo propio en Rusia. Ambos trabajos han de considerarse como dos clásicos del pensamiento social agrario: Karl KAUTSKY, *La cuestión agraria* (París: Ruedo Ibérico, 1970), y Vladimir Ilianovic LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Barcelona: Ariel, 1974).

²⁴ Una esquemática pero clara exposición de tal enfrentamiento puede verse en L. KOLAKOWSKI, *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución. II. La edad de oro* (Madrid: Alianza Editorial, 1982), pp. 55 y ss. Una visión más completa está en M. SALVADORI, «Kautsky entre ortodoxia y revisionismo», en *Historia del Marxismo. 4. El marxismo en la época de la Segunda Internacional (2)* (Barcelona: Bruguera, 1980), pp. 217-262.

²⁵ F. ENGELS, *El origen de la familia, de la propiedad privada...* op. cit., p. 179.

Aun cuando Kautsky y Lenin formularan el contexto teórico de las características apuntadas, la riqueza del análisis realizado por ambos, al intentar explicar la evolución del capitalismo en la agricultura, permite encontrar en sus trabajos multitud de elementos teóricos plenos de fertilidad analítica²⁶.

El pensamiento liberal no posee ningún esquema teórico realmente valioso que pretenda explicar la evolución de la agricultura en el proceso histórico. La pobreza analítica de sus conceptualizaciones surgió como consecuencia de la falta de continuidad teórica, en lo que respecta a las ciencias sociales agrarias, de las grandes interpretaciones esbozadas por los fundadores del pensamiento social. Así, los trabajos de Max Weber, Vilfredo Pareto, Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim y tantos otros no encontraron una réplica adecuada en las múltiples disciplinas nacientes²⁷.

Además, la hegemonía política e intelectual de USA y de la URSS mutilaría de raíz cualquier intento de reflexión teórica sobre la dimensión histórica de las estructuras agrarias. «Por el contrario, la *Mass Society*, por un lado, y la clase obrera industrial, por otro, se constituyeron en el foco de atención de sus reflexiones, las cuales se veían siempre reñidas por la visión marxista de "la agonía del campesinado" antes considerada. Así, el pensamiento liberal, al igual que el marxismo, acepta que los procesos evolutivos agrarios han de seguir ineluctablemente distintas etapas de un proceso que se asume secuencial y taxonómicamente único»²⁸.

El único esfuerzo sistemático, dentro del pensamiento liberal, por aplicar la historia a la teoría social agraria se debe a Pitirim S. Sorokin, al intentar introducir inútilmente en la sociología de la vida rural²⁹ la antigua

²⁶ Para un excelente análisis de la riqueza teórica de este trabajo, cfr. Hanza ALAVI y Teodor SHANIN, «Peasantry and Capitalism: Karl Kautsky and the Agrarian Question», en Karl KAUTSKY, *The Agrarian Question* (Zwan, 1988). Cfr. un extracto en *Agricultura y Sociedad*, núm. 47, abril-junio 1988, pp. 43-54. Tiene mucho interés el análisis que realiza, sobre este tema, Miren ETXEZARRETA, *La evolución del campesinado* (Madrid: Ministerio de Agricultura, 1979), aun cuando discrepemos en otros aspectos. Cfr. también, en este sentido, el excelente análisis de David GOODMAN y Michael REDCLIFT, *From Peasant to Proletarian* (Oxford: Basil Blackwell, 1981), pp. 100-112. Es importante matizar que la evolución intelectual de Vladimir I. Lenin como consecuencia de su praxis política le apartó sustantivamente del *Marxismo Agrario* aquí caracterizado. Cfr. Teodor SHANIN, artículos publicados en *Agricultura y Sociedad*, núm. 11, 1979, y núm. 16, 1980. También tiene interés, aun cuando discrepemos en determinados aspectos de su trabajo, la obra de Emilio PÉREZ TOURIÑO, *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina* (Madrid: Ministerio de Agricultura, 1983).

²⁷ En efecto, los trabajos en los que Max Weber, por ejemplo, analiza la estructura agraria de determinado tipo de sociedades históricas no han tenido una continuidad teórica en esta tradición intelectual. Cfr. Max WEBER, *The Agrarian Sociology of Ancient Civilizations* (Londres: New Left Review Editions, 1976).

²⁸ Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «Una breve incursión por la "otra sociología rural"», en Howard NEWBY y E. SEVILLA GUZMÁN, *Introducción a la sociología rural* (Madrid: Alianza, 1983), pp. 137-165, p. 145.

²⁹ Cfr. E. Sevilla Guzmán (ed.), *Sobre agricultores y...*, op. cit., pp. 41-95.

tradición de los estudios campesinos³⁰. A pesar de las furibundas críticas a que, normalmente, se ve sometido este autor³¹, es obligado reconocer que su trabajo *A Systematic Source Book in Rural Sociology* supuso un esfuerzo intelectual extraordinario para recoger el valioso legado de los estudios rurales europeos, por un lado, y aplicar la historia como una variable clave en la investigación social. La ambición teórica de su teoría del continuo rural-urbano pretendía caracterizar «las diferencias que son generales en el espacio y, relativamente, constantes en el tiempo; esto es, aquellas diferencias que aparecen en una forma más o menos visible en el pasado y en el presente, y en todos los mundos sociales rural y urbano (Egipto, Siria, Grecia, Roma, Europa, América, etc.)»³². El intento de fundamentar empíricamente tales diferencias en cada uno de estos contextos históricos presentando los trabajos más relevantes hasta entonces realizados fue una relevante aportación a las ciencias sociales agrarias de los años veinte, que careció de continuidad ante el hostil ambiente intelectual generado por la caza de brujas académica de aquellos años³³.

No obstante, reivindicar el esfuerzo intelectual de Sorokin en aquel contexto intelectual, así como la relevancia de muchos de sus trabajos, implica, al mismo tiempo, reconocer el fracaso de su aportación teórica a las ciencias sociales agrarias una vez abortada su veleidad populista. El «continuum rural-urbano» como germen teórico de *lo tradicional* y *lo moderno* fue extendido de la Sociología Rural a la Antropología³⁴, Geografía, Economía y demás ciencias sociales agrarias. «Los intentos de modernizar a los campesinos en base a la tecnología social agraria y a la introducción de agricultura química y tecnificada que subyace al enfoque de esta tradición teórica tiene como su mayor logro al entusiasta desarrollo comunitario — tan americano como la tarta de cerezas— que ha resultado ser irrelevante e inadecuado»³⁵.

³⁰ Cfr. Eduardo P. ARCHETTI y Svein AASS, «Peasant Studies: An Overview», en Howard Newby (ed.), *International Perspectives in Rural Sociology* (Chichester: John Wiley & Sons, 1978), pp. 107-129. Una excelente recopilación de trabajos de este autor, incluyendo la versión castellana del arriba citado —que también aparece en el núm. 1 de *Estudios Rurales Latinoamericanos*, enero-abril 1979, pp. 7-31—, puede verse en E. P. ARCHETTI, *Campesinado y estructuras agrarias en América Latina* (Quito: Cevalpa, 1981).

³¹ Howard NEWBY y Frederick BUTTEL, «Toward a Critical Rural Sociology», en F. H. Buttel y H. Newby (eds.), *The Rural Sociology of the Advanced Societies. Critical Perspectives* (Londres: Croom Helm, 1980), pp. 6-7; Marvin HARRIS, *The Rise of the Anthropological Theory* (Londres: Paul and Keagan, 1969), p. 103.

³² P. A. SOROKIN, C. C. ZIMMERMAN y C. J. GALPIN, *A Systematic Source Book in Rural Sociology* (Nueva York: Russel & Russel, 1965), tomo I, p. 186.

³³ Cfr. E. SEVILLA GUZMÁN, *Sobre agricultores...*, op. cit., pp. 58-61.

³⁴ Donde mejoró, ciertamente, con el concepto de *Folk Society* de Redfield, directamente emparentado con la nueva tradición de los Estudios Campesinos (cfr. H. NEWBY y E. SEVILLA, *Introducción a la sociología...*, op. cit., pp. 147-148); cfr. sus trabajos «The Folk Society», en *American Journal of Sociology*, vol. LII, núm. 4, enero 1947, pp. 293-308, y «The Natural History of the Folk Society», en *Social Forces*, vol. XXXI, núm. 3, marzo 1953, pp. 224-228.

³⁵ Teodor Shanin y Peter Worsley, «Editors' Preface» a Boguslaw GALESKI, *Basic*

La dicotomía entre lo tradicional y lo moderno en el conjunto de esta tradición ha implicado la incomprensión de fenómenos como la pervivencia de formas de explotación teóricamente «atrasadas» y el establecimiento de un ideal a perseguir, la modernización alcanzada por los países industrializados como punto de tránsito o de llegada obligado para los países «atrasados», que, curiosamente, han desembocado en la actual «crisis ecológica» y en el riesgo serio para la reproducción de la especie humana y para la vida en general del planeta.

El ejercicio histórico, en el seno de estas teorías, consistió en demostrar y ensalzar el despliegue progresivo de las fuerza del progreso/modernidad, olvidando sistemáticamente todo aquello que contradijera ese desarrollo ineluctable. Los procesos sociales, dotados de una tendencia innata (la «racionalidad» weberiana, la innovación técnica, el mercado smithiano, etc.) hacia la modernidad fueron analizados desde la perspectiva de las relaciones entre lo tradicional y lo moderno en términos de incompatibilidad y enfrentamiento³⁶, lo que —unido a una categorización ética sobre la bondad del progreso— ha impedido estudiar adecuadamente fenómenos como el campesinado o el latifundio, categorizándolos *a priori* como «atrasados», «superados por la historia», «a desaparecer» o «ineficientes»³⁷.

III. LA GENESIS DE UNA RENOVACION

El vacío teórico generado como consecuencia de la crisis de las teorías de la modernización, de las que —según hemos visto— el Marxismo Agrario participó activamente, significó la gradual sustitución de la dicotomía tradicional/moderno por una nueva manera de entender la evolución de las sociedades que supuso un cambio cualitativo de gran entidad: el análisis de las formas heterogéneas de organización de lo social desde la perspectiva de la dialéctica centro/periferia. Con ello se trasvasaba el foco de atención de las «sociedades avanzadas» (en las que supuestamente debían desaparecer el campesinado, por un lado, y el obrero agrícola, por otro, para imponerse el modelo agroindustrial) a las sociedades denominadas «en desarrollo»; donde continuarían subsistiendo tales «residuos» preindustriales.

Concepts of Rural Sociology (Manchester University Press, 1972), p. V. Hay edición castellana en Barcelona: Península, 1977, como *Sociología del campesinado*.

³⁶ Una excelente crítica a la historiografía y los estudios socioeconómicos agrarios puede verse en Alfonso ORTÍ, «Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural», en E. Sevilla Guzmán (ed.), *Sobre agricultores y campesinos* (Madrid: Ministerio de Agricultura, 1984), pp. 169-250. Para una crítica del concepto de modernización aplicado a la agricultura desde la perspectiva de la sociología rural, pp. 78-95 de ese mismo trabajo. Respecto al latifundio, cfr. E. SEVILLA GUZMÁN, Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Karl HEISEL, en *Estudis d'Historia Agraria*, 1990.

³⁷ Cfr. Salvador GINER y Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «The Demise of the Peasants: some Reflections on Ideological Inroads into Social Theory», en *Sociología Ruralis. The Journal of the European Society for Rural Sociology*, vol. XX, núms. 1-2, 1980, pp. 13-27.

Hasta entonces, el marxismo clásico había asumido —como ha señalado acertadamente Hanza Alavi³⁸— la «perversa creencia» de que en estas «sociedades en desarrollo» el capitalismo generaría nuevas contradicciones de las que surgirían nuevas fuerzas sociales que impulsarían su desarrollo. Sin embargo, y contra lo esperado, en las sociedades avanzadas, de una parte, persistieron formas de explotación basadas en la fuerza de trabajo familiar y, aunque en menor medida, focos de marginación jornalera³⁹, y, de otra parte, en las «sociedades en desarrollo» lo que realmente se desarrolló fue el subdesarrollo.

Un conjunto de teorías neomarxistas trataron, entonces, de explicar tal mantenimiento de *formas*, por un lado, y de *situaciones*, por otro, consideradas por Marx como de *transición*⁴⁰. Aquella parte del conjunto de cuestio-

³⁸ H. ALAVI, «The Structure of Peripheral Capitalism», en H. Alavi y T. Shanin (eds.), *Introduction to the Sociology of «Developing Societies»* (Londres: Macmillan, 1982), pp. 172-192, p. 172.

³⁹ Cfr. Howard NEWBY, *The Deferential Worker* (Harmondsworth: Penguin Books, 1979); François BOURQUELOT, «De quelques tendances sur l'emploi des salaires dans la production agricole», en *Economie Rurale*, 1987; Giovanni MOTTURA y Enrico PUGLIESE, «Capitalism in Agriculture and Capitalistic Agriculture: The Italian Case», en Frederick H. Buttel and Howard Newby (eds.), *The Rural Sociology of Advanced Societies* (Londres: Croom Helm, 1980), pp. 171-199. Y, más específicamente, Enrico PUGLIESE, *Il Braccianti agricoli in Italia* (Milán: Franco Angeli, 1983).

⁴⁰ Los debates básicos del neomarxismo en torno a la acumulación del capital y los orígenes del capitalismo surgieron básicamente en dos frentes. Por un lado, como consecuencia de la crítica de Paul Sweezy al trabajo de Maurice DOBB, *Studies in the Development of Capitalism* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1946), y las polémicas generadas en distintas revistas, originariamente en la revista norteamericana *Science and Society*, 1950-53, reunida parcialmente en Rodney HILTON, *The Transition from Feudalism to Capitalism* (Londres: New Left Books, 1976). Hay varias recopilaciones en castellano del debate; entre otras, en *Ciencia Nueva*, Artiach y Ayuso. Recientemente se ha publicado un interesante debate historiográfico sobre el tema, que R. H. Milton considera como continuación de éste y que recopila trabajos aparecidos en *Past and Present* de 1976 a 1982. Cfr. T. H. Aston y C. H. E. Philip (eds.), *El debate Brenner* (Barcelona: Crítica, 1988). De hecho, Robert Brenner («The origins of capitalist development: a critique of neo-Smithian Marxism», en *New Left Review*, núm. 104) participa activamente en la creación del otro frente del debate aparecido con los trabajos de Adré Gunder Frank, que, apoyándose en Paul A. Baran (*The Political economy of growth*, Nueva York: Monthly Review Press, 1957), analiza la problemática latinoamericana (*Capitalism and underdevelopment in Latin America*, 1967; *Latin America: underdevelopment or revolution*, 1969, y *Lumpenbourgeoisie: lumpen-development-dependence, class and politics in Latin America*, 1972, los tres publicados en Nueva York: Monthly Review Press). Una interesante interpretación del marco teórico esbozado por Frank puede verse en A. Eugene HAVENS, «Methodological Issues in the Study of Development», en *Sociologia Ruralis*, vol. XII, núms. 3-4, 1972. Este enfoque fue completado más tarde por Immanuel Wallerstein (*The Modern World-System*, Nueva York: Academic Press, 1974). Se establece así una estrategia para interpretar la génesis, en el siglo XVI, de la jerarquización capitalista de estados y naciones que, desde una posición central privilegiada, explotan al resto como periferia subordinada por una red internacional de mercados. Esta teoría del subdesarrollo en el marco de la economía mundo tiene una gran relevancia política, ya que define la estrategia revolucionaria a seguir respecto a las alianzas de clase. La crítica de Ernesto Laclau («Feudalismo y capitalismo en América Latina», Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella, 1968, publicado más tarde en *New Left Review*, mayo-junio 1971; hay versión castellana en Anagrama, 1973, con el título de *Tres ensayos sobre América Latina*, junto a dos trabajos de Stavenhagen y Marini,

nes replanteada con el nuevo enfoque, que nos interesa particularmente, era la de si las relaciones de producción en el seno de las formas de explotación en transición eran capitalistas o, por el contrario, tenían una naturaleza precapitalista.

El enfoque mayoritario de los estudios sobre el «subdesarrollo» buscaba, ante todo, las causas profundas del mantenimiento del mismo atribuyendo al «centro» la principal responsabilidad. No obstante, lo que realmente se hizo fue realinear la dicotomía Tradicional/Moderno al sistema económico mundial, «nuevo concepto teórico» en el que se buscó la génesis y pervivencia del atraso. Quizá el esquema conceptual más logrado y representativo de esta corriente fue el de Gunder Frank-Inmanuel Wallerstein sobre «La Economía Mundo».

Sin embargo, este enfoque mantenía aún grandes problemas para aprehender la heterogeneidad de formas de explotación presentes en formaciones sociales tanto del centro como de la periferia. Y ello porque tendía a categorizar a los países de la periferia y del centro como exponentes de dos únicos modos de producción: el precapitalista en el país subdesarrollado y el capitalista en el centro desarrollado, reduciendo su interpretación del capitalismo a términos de mercado⁴¹. Con ello se olvidaba que desde la Alta Edad Media existieron numerosas sociedades cuyos sistemas de producción de bienes solían, en mayor o menor grado, intercambiarse en el mercado sin que por ello pudiéramos afirmar su carácter inequívocamente capitalista⁴².

La resistencia del campesinado a desaparecer con el desarrollo del capi-

respectivamente), primero, y la disputa en torno al desarrollo desigual de Enmanuel y Bettelheim (*L'échange inégal*, París: Maspéro, 1969; trad. cast. en Siglo XXI; el mayor interés está en las observaciones teóricas del segundo), después, abrieron una nueva interpretación del tema en términos de articulación de modos de producción no-capitalistas en torno al capitalista, que, como hegemónico, no disuelve, sino que «conserva y descompone» a aquéllos en el seno de la específica formación social periférica, quedando así subordinados. La más radical interpretación de este esquema se debe a Samir Amin (*L'accumulation à l'échelle mondiale*, París: Anthropos, 1970; hay traducción castellana en Siglo XXI). La incorporación de la crítica que la antropología marxista francesa realizara en los años sesenta a la asumida economía neoclásica en la antropología anglosajona supone un importante enriquecimiento del debate (cfr., sobre todo, Maurice GODELIER, *Rationalité et irrationalité en économie*, París: Maspéro, 1966), aunque más tarde llegue a suponer un oscurecimiento del problema como consecuencia de la irrupción del idealismo althusseriano y sus seguidores (cfr. E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and other Essays*, Londres: Merlin Press, 1978; hay traducción castellana en Barcelona: Crítica, 1981).

⁴¹ La crítica de Ernesto Laclau (a pesar de sus posteriores frivolidades estructuralistas; cfr. *Politics and Ideology in Marx Theory*, Londres: New Left Books, 1977) es todavía en muchos aspectos válida: «Feudalism and Capitalism in Latin America», en *New Left Review*, mayo-junio 1971, aunque su esquema del feudalismo quedara, como veremos más tarde, incompleto. Para una excelente crítica al modelo teórico global, cfr. Harriet FRIEDMAN, «Is there a World Capitalism System?», en *Queen's Quarterly*, 90/2 (verano 1983), pp. 497-508.

⁴² Anthony GIDDENS, *The Class Structure of the Advanced Societies* (Londres: Hutchinson and Co. Ltd., 1980), 2.ª ed., p. 95. Hay traducción en castellano en Madrid: Alianza Editorial, 1983.

talismo y la pervivencia estable, incluso, de otras formas de explotación no capitalistas en la periferia convenció, finalmente, a un grupo de teóricos sociales marxistas de la necesidad de indagar el porqué los esquemas de evolución unilineales hacia la progresiva transformación de dichas formas de explotación en capitalistas o bien sufrían parones cronológicamente considerables o desmentían el carácter unidireccional de tales esquemas. De esta reflexión surgieron nuevos planteamientos teóricos como el esquema conceptual de la disolución-descomposición de los modos de producción no capitalistas⁴³ y, sobre todo, las diversas versiones de la teoría de la «Articulación» de los modos de producción, debidas, entre otros, a Pierre-Philippe Rey⁴⁴ y Claude Meillassoux, principalmente⁴⁵.

La virtud de este replanteamiento en la evolución de los «órdenes económicos» consistía en que, por primera vez en las versiones más o menos ortodoxas del marxismo, se reconocía la posibilidad de que existieran con carácter estable formas de explotación no capitalistas incluso en fechas muy avanzadas del siglo XX, sin que por ello estuvieran condenadas de antemano a la desaparición: la concepción leninista de la irreconciliabilidad quedaba así rota. La sobrevivencia de distintos modos de producción precapitalistas con mayor o menor intensidad, según nos alejáramos del centro a la periferia, era ahora enfocado desde la propia lógica del desarrollo desigual del capitalismo que los «articulaba» a través del mercado y de otros mecanismos de dominación. La coexistencia de diversos modos de producción no sólo era posible, sino que era la forma más usual en la que el capitalismo se extendió por la periferia.

Sin embargo, esta nueva concepción no carecía de graves problemas: no sólo no abandonaba la óptica del desarrollo unilineal representado por el capitalismo, que dominaba a través de la articulación al resto de los modos de producción, sino que, al considerar las diversas formas de explotación no capitalistas como modos de producción, permaneció dentro de la lógica del análisis macrosociológico. La confrontación entre lo tradicional y lo moderno se trasladaba a la periferia, pero para realzar la función estrictamente pasiva que lo tradicional jugaba en el desarrollo —a pesar de todo imparable— de lo moderno. Ignoraba, de esta manera, la especificidad que las formas de explotación no capitalistas imprimen a cada sociedad subordinada relegando el problema a un mecánico impacto externo transformador, que sólo produce una forma externa de dominación⁴⁶. La subordinación de

⁴³ Charles BETTELHEIM, «Prefacio» a la edición francesa de A. EMMANUEL, *El intercambio desigual* (Madrid: Siglo XXI, 1973), pp. 379-423. Cfr. también, del mismo autor, *La transición a la economía socialista* (Barcelona: Fontanella, 1974).

⁴⁴ «Sur l'articulation des modes de production», en *Problèmes de la Planification*, núm. 13, Centre d'études de planification socialiste, Paris-Sorbonne, pp. 42 y ss.

⁴⁵ *Femmes, greniers et capitaux* (París: Maspéro, 1975). Hay edición castellana en México: Siglo XXI, 1977.

⁴⁶ Para una interesante exposición de este «marco teórico de la articulación» en el con-

cualquier forma de explotación al capitalismo venía determinada —según esta visión— casi exclusivamente por factores externos⁴⁷, olvidando las condiciones estructurales que actúan no sólo a niveles económicos, sino a nivel de las estructuras de poder y de las mentalidades que sustentan las instituciones sociales como una unidad modelada por la historia. No podía ser de otra manera en tanto el capitalismo fuese considerado como un estadio superior de la racionalidad posible, y aun deseable, en el avance irrefrenable de las fuerzas productivas y éstas siguiesen considerándose como el demiurgo que, finalmente, condujese a los pueblos a grados superiores de bienestar, dado su carácter socializador inmanente⁴⁸. Sólo la crisis ecológica y el cuestionamiento subsiguiente tanto del impacto del desarrollo tecnológico como del concepto mismo de progreso podría —como veremos— poner en cuestión tales axiomas.

IV. LOS ENFOQUES MARXISTAS ALTERNATIVOS

En efecto, la virulencia de la crisis ecológica, el cuestionamiento de los paradigmas usuales en las ciencias sociales, basados en un antropocéntrico concepto de progreso ilimitado, junto con la reflexión que generó en el seno de «la nueva tradición de los Estudios Campesinos», la pervivencia del campesinado fue dando lugar a nuevas formas de entender la evolución de los órdenes económicos. La repercusión de Chayanov y de aspectos poco conocidos del propio Marx constituyen los primeros resultados de un replanteamiento crítico de la relación entre las formas de explotación capitalistas y no capitalistas, que han conducido a una crítica global del *Marxismo Agrario*.

No se trataba, como en tantas ocasiones, de averiguar cuál sería el auténtico Marx, el de esta o aquella época, sino si era posible fundamentar en él una lectura distinta de los procesos sociales que, partiendo de la coexistencia de una pluralidad de formas de explotación, se distanciara ampliamente de los esquemas unilineales de la tradición marxista. Varios han sido los autores que han pretendido reconstruir, desde esta perspecti-

texto de los análisis del campesinado, cfr. David GOODMAN y Michael REDCLIFT, *From Peasant to Proletarian* (Oxford: Basil Blackwell, 1981), pp. 54-67.

⁴⁷ Las dos posiciones extremas de los enfoques de la articulación en su aplicación al campesinado son la de Meillassoux (cfr. «From Reproduction to Production», en *Economy and Society*, vol. I, núm. 1, 1972, donde aparece esquematizado su enfoque teórico, y *Femmes, greniers et capitaux*, París: Maspero, 1975, donde se desarrolla), para quien las relaciones de producción capitalistas tienen como premisa previa la separación del productor de los medios de producción, y la de Vergopoulos —con Samir Amin— (*La question paysanne et le capitalisme*, París: Anthropos, 1970), para quien el campesinado es reconstituido por «un capitalismo no capitalista».

⁴⁸ Juan MARTÍNEZ ALIER, «El marxismo y la economía ecológica», en *Mientras Tanto*, núm. 35, octubre 1988, pp. 127-147.

va, una concepción distinta del proceso histórico. Los que nos interesan aquí han sido quienes lo han hecho desde la perspectiva de los estudios campesinos, es decir, los que se han centrado en la caracterización del papel central del campesinado en el mismo. Respecto al análisis de las estructuras socioeconómicas precapitalistas, son Thompson, Hobsbawn y Godelier, fundamentalmente⁴⁹; respecto al campesinado en el capitalismo, junto a los dos últimos citados, son Galeski, Shanin, Alavi y Palerm quienes nos interesan especialmente⁵⁰. Lamentablemente, este último dejó inconclusa la más prometedora reconstrucción de la teoría general desde el enfoque de los estudios campesinos⁵¹.

En efecto, el enfoque teórico que Marx fue imprimiendo a su trabajo en la última década de su vida acabó por modificar su propia teoría de los modos de producción y las formaciones socioeconómicas, atribuyendo en ella una multiplicidad de posibilidades de actuación al campesinado. El análisis exhaustivo de la producción de Marx desde 1870 a 1883 y la interpretación de los manuscritos y cartas de estos años en el contexto de las lecturas que Marx fue realizando de los autores populistas (sobre todo de Chernyshevski) muestran una evolución de su pensamiento que desembocó en un claro replanteamiento del papel del campesinado en el proceso histórico⁵², atribuyendo a este último una clara dimensión multilineal.

⁴⁹ Eric Hobsbawn (ed.), *Karl Marx. Precapitalist Economic Formations* (Londres: Lawrence and Wishart, 1964). Versiones castellanas de Gregorio Ortiz, en Madrid: Ciencia Nueva, primero, y Ayuso, después, en primera edición de 1967 y segunda de 1975, respectivamente; o, más cuidada, de G. Ortiz, J. Pérez Royo y W. Rocés, en Barcelona: Grijalbo, 1979. Cfr., igualmente, Maurice GODELIER, *Sur les sociétés precapitalistes* (París: Editions Sociales, 1970), y su versión castellana con el título de *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas* (Barcelona: Laia, 1971).

⁵⁰ Cfr. Boguslaw GALESKI, *Basic Concepts of Rural Sociology* (Manchester University Press, 1972); hay edición castellana en Barcelona: Península, 1977, como *Sociología del campesinado*; Teodor Shanin (ed.), *Peasant and Peasant Societies* (Harmondsworth: Penguin Books, 1971); hay traducción castellana en México: Fondo de Cultura Económica, 1979, y su trabajo clave *Late Marx and the Russian Road* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1983); Hamza Alavi y Teodor Shanin (eds.), *Introduction to the Sociology of «Developing Societies»* (Londres y Basingstoke: The MacMillan Press Ltd., 1982). Cfr., también, Eric HOBBSBAWN y Hamza ALAVI, *Los campesinos y la política. Las clases campesinas y las lealtades primordiales* (Barcelona: Anagrama, 1976).

⁵¹ Se debe a este autor el intento de reconstrucción de la teoría de los modos de producción y las formaciones socioeconómicas, situando la forma de explotación campesina en los esenciales contextos históricos. Su *Historia de la Etnología*, de la que sólo llegaron a aparecer tres tomos, pretendía dedicar uno a Marx desarrollando tal labor. La reflexión primera de esta obra, en la que busca una continuidad teórica de Marx con Luxemburg, Wittfogel, Chayanov, Kula, Polanyi y Preobayenski, es su trabajo Angel PALERM, *Modos de producción y formaciones...*, op. cit. Cfr. E. SEVILLA GUZMÁN, «L'evolucionisme multilineal en els estudis pagesos. Sobre el llegat teòric d'Angel Palerm», en *Historia i Antropologia a la memoria d'Angel Palerm* (Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, 1984), y E. SEVILLA GUZMÁN, «Camperols i marxisme en l'obra d'Angel Palerm», en *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, núms. 3/4, 1981.

⁵² Cfr. M. RUBEL, *Marx: Life and Works* (Londres: Macmillan, 1980); L. Krader (ed.), *Karl Marx: The Ethnological Notebooks* (Amsterdam: Van Grocum, 1972), y *The Asiatic Mode of*

Pero quien planteó la cuestión con mayor crudeza fue Chayanov, quien por los años veinte señaló que «sólo raramente encontramos en la vida económica un orden económico... puro... Lo usual es que los sistemas económicos existan unos al lado de otros formando conglomerados muy complejos. Hoy día quedan bloques importantes de unidades de trabajo familiar campesino, entremezclados en el sistema capitalista mundial». Lo cual exigía «concebir una serie de sistemas teóricos adecuados al rango de los órdenes económicos del presente y del pasado y que nos permita descubrir las formas de su coexistencia y de su evolución»⁵³.

Se debe a Rosa Luxemburg la llamada de atención primera, dentro del marxismo, sobre esta cuestión al plantear las lagunas derivadas de la aplicación de la teoría del Capitalismo que Marx realizara en *El Capital* a otros contextos sociales en los que coexistían distintos sistemas económicos⁵⁴. Sin embargo, aunque la huella de Luxemburg es evidente en las teorías neomarxistas que tratan de explicar las formas de penetración del capitalismo tanto en los *espacios oscuros* del centro como en los países periféricos, existe un generalizado olvido a la hora de citar su obra, sea por pudor político o académico. Para nosotros, su reflexión metodológica sobre la obra de Marx y el germen teórico de su visión sobre el proceso de intercambio entre la producción capitalista y los espacios no capitalistas del sistema mundial constituye un punto de partida.

Punto de partida que no sólo es válido para un análisis histórico, sino que resulta hoy de imprescindible utilidad. ¿Cómo si no analizar fenómenos cada vez más generalizados como el de las economías sumergidas o informales, o el «resurgimiento» de las explotaciones familiares como base de unos complejos agroindustriales más preocupados del suministro de crédito y de factores de producción y la distribución de las cosechas que de transformar el proceso de producción? Como afirma Shanin: «Un elemento central de la sociedad global contemporánea es el fracaso de las sociedades capitalistas y de las centralizadas en avanzar sin límites y en asegurar el bienestar general en las *formas esperadas* por las teorías del progreso del siglo XIX, tanto socialistas como liberales. El control y la magnitud de los

Production (Amsterdam: Van Grocum, 1975); hay una reciente traducción castellana en Madrid: Pablo Iglesias-Siglo XXI, 1988); D. Torr (ed.), *Selected Correspondence* (Londres: Lawrence & Wishart, 1975); MARX/ENGELS, *Cartas sobre el Capital* (Barcelona: Laia, 1974), y, sobre todo, los trabajos de H. Wada y D. Saker en Teodor Shanin (ed.), *Late Marx and the Russian Road* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1984).

⁵³ Alexander V. CHAYANOV, «Zür Frage einer Theorie der nich Kapitalistischen Wirtschaftssysteme», en *Archiv für Sozial Wissenschaft un Sozialpolitik*, vol. 51, 1924, en Angel PALERM, *Modos de producción y formaciones socioeconómicas* (México: Edicol, 1977), p. 149. Acaba de aparecer una valiosísima edición italiana de algunos de sus trabajos sobre economía de las explotaciones, reforma fundaria y reforma agraria y agronomía social y cooperación, preparada por Fiorenzo Sperotto y presentada por Giovanni Mottura, como A. V. CAJANOV, *L'economia di Lavoro* (Milán: Franco Angeli, 1988).

⁵⁴ Rosa LUXEMBURG, *La acumulación del capital* (1912) (Madrid: Orbis, 1985), tomo II, pp. 140-142.

beneficios de las empresas capitalistas multinacionales está avanzando al ritmo de la retirada de las formas de producción capitalistas usuales y de la organización social en cuanto a la progresión del desempleo y del "subempleo", de las "economías informales" y de otras estructuras de supervivencia»⁵⁵.

Estos planteamientos «neomarxistas» han partido y parten, efectivamente, de los supuestos de coexistencia mencionados, pero desde una doble perspectiva: desde la perspectiva de los *procesos de transición* y desde el alejamiento, e incluso rechazo, del carácter irreconciliable de tales formas de producción en el interior de un mismo espacio económico. Este cambio de enfoque no sólo ha significado una redefinición de las concepciones dicotómicas usuales: tradicional/moderno y centro/periferia, sino que ha implicado también una ruptura con la unilinealidad en la evolución de los órdenes socioeconómicos. La necesidad, primero, de análisis microsociales —donde el estudio de los procesos de trabajo y las formas concretas de producción deben adquirir un papel central— para, después, intentar su inserción en un contexto capitalista (o de otro modo de producir distinto y dominante) ha necesitado la resolución de problemas derivados de las modalidades de interrelación entre los dos niveles, micro y macrosocial, de análisis. Ello ha conducido a la revalorización de los conceptos de *subsunción «formal»* y *«real» al capitalismo* que elaborara Marx y que quedaron relegados a lugares secundarios en el conjunto de su obra. En las páginas que siguen vamos a examinar, aun cuando sea esquemáticamente, tales posiciones al objeto de incorporar determinados aspectos de éstas a nuestra posterior propuesta teórica. Veamos, en primer lugar, las modificaciones que establecemos al esquema teórico de Godelier para adaptarlo a nuestro contexto teórico.

V. LA TRANSICION COMO MUDANZA SOCIAL

El punto central del esquema teórico de Maurice Godelier⁵⁶ es la manera en que se reproducen las formas materiales y sociales de producción durante los procesos de transición, los cuales serían aquellos momentos en que «los modos de producción, modos de pensamiento, modos de actuación individual o colectiva se ven confrontados a límites, internos o externos, y comienzan a agrietarse, a perder importancia, a descomponerse

⁵⁵ Teodor SHANIN, «El mensaje de Chayanov: aclaraciones, faltas de comprensión y la "teoría del desarrollo" contemporánea», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 48, julio-septiembre 1988, p. 170. La cursiva es nuestra.

⁵⁶ Maurice GODELIER, «D'une mode de production à l'autre: théorie de la transition», en *Recherches Sociologiques*, vol. XII, núm. 2, 1981, pp. 161-194, pp. 162-163. Para una exposición global de la reinterpretación del pensamiento marxiano de Maurice Godelier, en *Enciclopedia Einandi* (Vila de Maia: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1986), vol. 7, pp. 11-215.

a riesgo de vegetar durante siglos en lugares menores, o también a extenderse por sí mismos o por voluntad sistemática de grupos sociales que se oponen a su reproducción en nombre de otros modos de producir, pensar y actuar cuyo desarrollo desean»⁵⁷.

Como puede observarse en este planteamiento, el resultado de dichos procesos de transición no tiene por qué implicar la desaparición de los viejos modos de producción, que, en cambio, pueden coexistir durante mucho tiempo con el nuevo dominante. Hasta aquí, Godelier no se aparta de los planteamientos que dieron lugar a las teorías de la Articulación. Además, la interpretación que ha realizado del pensamiento de Marx recientemente respecto a la génesis histórica del sistema capitalista es especialmente acertada⁵⁸ al delimitar, tanto espacial como temporalmente, la génesis del centro del sistema económico mundial y, con ello, subrayar la permanente división —que Marx señaló en sus últimos trabajos⁵⁹— de éste en zonas centrales y periféricas conectadas orgánicamente mediante relaciones de dominación-subordinación.

Sin embargo, Godelier entiende la transición como un período limitado, por más que de duración variable, entre un modo de producción y otro; con lo que la razón última, la racionalidad de un determinado modo de producción, es la transformación total de todas las relaciones sociales antiguas en las específicamente suyas. En este sentido, sólo la práctica social consciente de la clase situada en el polo opuesto del eje de dominación en el viejo sistema de producción tiene una calidad fundadora de la nueva sociedad y tiende a ser considerada, por tanto, casi como la única práctica social significativa.

Aun estando de acuerdo con este planteamiento, quizá muy condicionados por la visión que de la Revolución Francesa han tenido los científicos sociales marxistas, no podemos limitar el cambio social ni a las prácticas conscientes únicamente de un determinado grupo social ni podemos reducirlo a los momentos en que se pasa de un modo de producción a otro; ni tan siquiera, incluso, sería pertinente entender el conflicto fundacional de la nueva sociedad como el resultado único de la confrontación de dos clases irreconciliables que de esa manera posible generarían el «Cambio Social». Porque no hay reglas predeterminadas que rijan la evolución de las sociedades en su conjunto al margen de las sociedades mismas. Lo que podemos

⁵⁷ Maurice GODELIER, «Introducción: el análisis de los procesos de transición», en *Los procesos de transición. Estudios de casos antropológicos. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, diciembre 1987, pp. 3-15, p. 5.

⁵⁸ Maurice GODELIER, *Los procesos...*, op. cit., pp. 5-15. Una interpretación en determinados aspectos análoga, respecto a tal periodización, centrada en Mesoamérica, extendiéndose en el pasado y dando a su trabajo una caladura histórica de gran relevancia, puede verse en Eric R. WOLF, *Europe and the People without History* (Berkeley: University of California Press, 1982).

⁵⁹ Teodor SHANIN, «Late Marx: gods and craftsmen», en Teodor Shanin (ed.), *Late Marx and the Russian...*, op. cit., pp. 3-39, p. 6.

observar son «regularidades», en el sentido de Pierre Bourdieu⁶⁰, en que las sociedades han evolucionado —especialmente en Occidente— como consecuencia no de conceptos analíticos a los que se les impute una tendencia inmanente (el modo de producción a dominar completamente, a transformar, a superar al anterior en mayor racionalidad, etc.), sino de estrategias que sociedades concretas —compuestas de una red compleja de relaciones sociales entretrejidas por sus componentes— han desarrollado en base a la realización de sus específicos intereses.

Ello implica considerar contingente la formalización estructural que de la evolución de los órdenes socioeconómicos ha hecho buena parte de la tradición marxista; implica, pues, el rechazo de las reglas preestablecidas que rigen su movimiento y que, normalmente, requieren de períodos igualmente formalizados de «transición» para recuperar como necesaria una visión en la cual la propia evolución, *la mudanza social*, es el resultado de las estrategias más o menos conscientes de los diversos grupos sociales, surgidos como consecuencia de la dinamización de las mismas que la confrontación de intereses distintos y contradictorios genera. Desde esta óptica, la transición se parecería más a un movimiento continuo en direcciones múltiples que a un movimiento finito, limitado, teleológico; y el modo de producción sería definido a partir del análisis del conjunto de las regularidades observadas como resultado de prácticas sociales de expansión, dominación, sobrevivencia, resistencia o adaptación entre y en el interior de formas de explotación concretas.

Creemos que el concepto de transición sólo puede adquirir sentido en un marco teórico multilineal del proceso histórico. Y que su existencia se da no sólo en los momentos de cambio de dominación y consolidación de dos modos de producción, sino también en aquellos que pueden surgir de la coexistencia entre unas y otras formas de explotación en el interior de una formación social. Tales formas de explotación entretrejen un entramado complejo de relaciones sociales en las que unas relaciones específicas de producción intentan subordinar (o transformar también) a las restantes. Su éxito o fracaso dependería, en todo caso, del resultado de un conflicto de intereses (que esas mismas formas de producción generan entre sí y en su interior) que dinamiza procesos de resistencia, confrontación o, finalmente, de adaptación. Es decir, lo que proponemos es una consideración consecuentemente *múltiple* y continua de la transición, como mudanza social, tanto en su dirección como en los distintos niveles en que nos movamos: el macrosocial o el microsicial.

El segundo elemento del que han partido los planteamientos «neomarxistas» alternativos ha sido, según señalamos anteriormente, el de la revalo-

⁶⁰ Pierre BOURDIEU, «De la regla a las estrategias», en *Cosas Dichas* (Barcelona: Gedisa, 1988), pp. 67-82. Traducción de *Choses dites* (París: Editions de Minuit, 1987).

rización del concepto de «subsunción» que elaborara Marx. Dicha reelaboración se inserta también en la reinterpretación antes expuesta.

VI. LA SUBSUNCION COMO PROCESO CONFLICTUAL

Una aplicación, en nuestra opinión, de gran fertilidad analítica de la teoría de la subsunción de Marx es la que ha formulado Hamza Alavi, al trasladarla a la dicotomía centro/periferia y no sólo a la oposición entre lo tradicional/moderno⁶¹; ello supone, de hecho, una reelaboración de las «teorías de la articulación». Así, cuando Alavi reconoce la pervivencia estable (durante un período de tiempo imposible de determinar previamente, al depender de características particulares)⁶² de formas de explotación precapitalistas o no capitalistas bajo régimen de subsunción formal al modo de producción capitalista dominante en determinadas sociedades se acerca bastante a los teóricos de la Articulación⁶³. No obstante, se separa de ellos de forma considerable al no admitir por ello contradicción ninguna en el carácter capitalista de tales sociedades: «El capitalismo no las borra —formas de producción precapitalistas— totalmente y las sustituye por nuevas instituciones sacadas de nada. Toma los legados del pasado como materia prima para construir su sociedad de futuro, combinándolas con nuevas realidades sociales y culturales que él también crea. A menudo aparecen como una ilusión de continuidad, donde han ocurrido profundos cambios, cuando los fenómenos sociales han sido observados de una manera empiricista, descuidando las discontinuidades estructurales subyacentes y el nuevo significado que, de ese modo, ha sido dado a las formas antiguas. Esto ha ocurrido, podemos argüir, en el caso de quienes ven formas precapitalistas conservadas por el capital antes que transformadas en virtud de su subsunción al capital»⁶⁴.

Alavi reconoce, además, que, en el caso de las relaciones centro/periferia, «las relaciones sociales y económicas no existen sólo dentro de forma-

⁶¹ Hamza ALAVI, «The Structure of Peripheral Capitalism», en Hamza ALAVI y Teodor SHANIN, *Introduction to the Sociology of «Developing Societies»* (Londres: Macmillan Press, 1982), pp. 172-192.

⁶² *Ibid.*, p. 182.

⁶³ David E. Goodman y Michael R. Redclift han llegado a caracterizar la tendencia del desarrollo del capitalismo en la agricultura como la del paso de la subsunción formal del trabajo a la subsunción real, manifestada en la progresiva insignificancia de la tierra para la producción y reproducción de alimentos, figurando con ello una evolución paralela, aunque más lenta, a la que ha registrado la industria. D. E. GOODMAN y Michael R. REDCLIFT, «La agricultura de la Europa Occidental en transición: la producción simple y el desarrollo del capitalismo», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 43, 1987, pp. 9-42. Según estos autores, ha sido la dependencia del factor tierra, de la naturaleza, lo que ha obligado al capitalismo, en algunos casos, a una subsunción formal de otras formas de explotación como la explotación familiar.

⁶⁴ Hamza ALAVI, *The Structure of Peripheral...*, op. cit., p. 174 y p. 182.

ciones sociales, sino también entre ellas»⁶⁵; lo que sería aplicable en buena lógica a las relaciones entre unas formas de explotación y otras en el seno de una misma o varias formaciones sociales. Pero la aproximación analítica que propone a cualquier forma de explotación no capitalista o precapitalista parece que debe tener como supuesto metodológico la búsqueda de una «función» que dicha forma de explotación debe cumplir «por referencia a las necesidades», en este caso del capitalismo, al que forzosamente ha de hallarse subordinada⁶⁶. Con ello elimina la posibilidad de constitución autónoma de otras formas sociales de producción (o formas de explotación), por lo que no existe la posibilidad de coexistencia de formas de explotación diferentes con la capitalista en una relación conflictiva. De esta forma se confunden las «regularidades» observadas —sobre todo en Occidente— en el desarrollo del capitalismo con la regla inamovible de su desarrollo universal. Como dice Henri Bernstein, «nos ha costado trabajo enfatizar que el "modelo clásico": ¡la destrucción de la economía natural campesina mediante el proceso de mercantilización inducido por el Capital!, es un caso especial y no su forma única o necesaria de desarrollo»⁶⁷.

Fenómenos como las experiencias de explotación cooperativa promovidos por los movimientos verdes y alternativos europeos⁶⁸, o los de la economía sumergida de subsistencia, prueban, incluso en las zonas del centro capitalista desarrollado, cómo formas sociales de producción diferentes pueden existir dentro o en las fronteras del capitalismo sin someterse completamente a su lógica⁶⁹. Como veremos más adelante, la coexistencia en la periferia toma, además, una peculiar conflictividad⁷⁰.

Así, pues, de nuestra crítica a Maurice Godelier, por un lado, y a Hamza Alavi, por otro, llegamos a la conclusión de que la coexistencia de formas de producción se produce mediante mecanismos evolutivos que resultan imprescindibles desvelar para responder a las preguntas que surgen en el planteamiento de nuestro trabajo. Y que tales preguntas sólo cobran

⁶⁵ *Ibid.*, p. 178.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 188.

⁶⁷ Henri BERNSTEIN, «Notes on Capital and Peasantry», en *Review of African Political Economy*, núm. 10, septiembre-diciembre 1977.

⁶⁸ Karl HEISEL, «El discurso ecopacifista», en Eduardo Sevilla Guzmán y Karl Heisel (eds.), *Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía...*, op. cit., pp. 149-155.

⁶⁹ Pablo PALENZUELA, «Estrategias económicas domésticas de los jornaleros andaluces: salario, subsidio y economía sumergida», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 50, 1989, pp. 75-107. Cfr., especialmente, el núm. 6 de la *Revista d'Antropologia Social*, 1988, con artículos de Susana Narotzki, Marie-Cristine Xelem y Raúl Iturra, entre otros.

⁷⁰ En este sentido, tiene extraordinario interés el análisis de lo ocurrido con la introducción de las plantaciones coloniales en Sumatra, que lleva a Ann Stoler a la sugerente conclusión de que «la consecuencia imprevista de los esfuerzos de una población para satisfacer sus necesidades básicas puede ser la resistencia de los trabajadores ante el proceso de subsunción». Ann STOLER, «Transiciones en Sumatra: el capitalismo colonial y las teorías sobre la subsunción», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 144, diciembre 1987, pp. 105-129, p. 121. En este sentido, cfr. también «Plantation politics and protest on Sumatra's East Coast», en *Journal of Peasant Studies*, núm. 13 (2), 1986, pp. 124-144.

sentido con referentes empíricos surgidos de los procesos de trabajo que subyacen a tales formas de producción y en los que la tecnología juega un papel central⁷¹, aunque nunca autónomo.

Se hace, pues, necesario indagar, por un lado, en la multilínealidad de tales formas de coexistencia y, por otro, en los procesos de trabajo como sistemas de relación. Pero todo ello, y esto es más importante, a un nivel microsociológico que permita hacer nuestro análisis contrastable empíricamente y que huya de las generalizaciones que imponen teorías homogeneizadoras y artificiales; tarea ésta que proponemos abordar a continuación.

VII. UNA PROPUESTA ECOSOCIOLOGICA DESDE EL NEOPOPULISMO MARXISTA

Basándonos en los autores mencionados y en las críticas hasta aquí efectuadas, creemos posible una interpretación alternativa al marxismo tradicional que integre, además, una dimensión ecológica; es decir, que analice el impacto de las prácticas sociales en el medio natural y que entienda los procesos de producción y reproducción como intercambio entre el hombre y la naturaleza. Dicha interpretación se basa en buena medida en la consideración que sobre el proceso histórico y del papel del campesinado en él hicieron el último Marx, por un lado, y Chayanov, por otro. Este enfoque teórico modelado por los autores hasta aquí considerados (Palerm, Shanin, Godelier y Alavi, básicamente) podría denominarse como «neopopulismo marxista»⁷². Tal concepción no sólo implica reconocer la posibilidad y aun la existencia real en cada momento histórico de una heterogeneidad de formas sociales de explotación, sino reconocer también, con Marx pero sobre todo con Chayanov, que la evolución —establecida como resultado de una red de relaciones de adaptación o confrontación entre tales formas de producción— de las mismas en una determinada formación social no necesariamente debe culminar en el predominio de las formas esperadas, las que ha alcanzado en Occidente la producción capitalista, e incluso tampoco hay que esperar que ésta se convierta en la única forma de producción a pesar de ser la dominante.

⁷¹ Tiene mucho interés el análisis histórico que, utilizando como elemento central de su análisis el *concepto de transición*, realiza Braverman, quien establece que «aunque las mismas fuerzas productivas que son características del *cierre de una época* de relaciones sociales son también características de la *apertura de la época siguiente*... las relaciones entre tecnología y sociedad van mucho más allá de un simplificador determinismo». *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twenty Century* (Nueva York: Monthly Review Press, 1974), pp. 18-23.

⁷² Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «Redescubriendo a Chayanov: hacia un Neopopulismo Ecológico», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 55, abril-junio 1990.

Nuestra estrategia de análisis, como propuesta teórica, debe partir, consecuentemente, de la elaboración de categorías especialmente pertinentes para el análisis de las formaciones microsociales: junto al concepto analítico de *Modo de Producción* y descriptivo de *Formación Social*, adecuados a planteamientos macrosociales, planteamos la consideración de «*Comunidad*» (en nuestro caso rural), como agregado consciente de grupos domésticos interrelacionados, como concepto descriptivo, y el de *Forma de Explotación*, como concepto analítico, para planteamientos microsociales. Finalmente, planteamos unas relaciones entre los niveles micro/macro que son conflictivas (descriptivamente) y que deben ser comprendidas (analíticamente) desde la reelaboración no funcionalista de los conceptos de «*subsunción formal y real*».

Aun aceptando, desde nuestro esquema teórico, la validez de los conceptos de «formación social» y de «modo de producción», es conveniente que diferenciamos siempre cuidadosamente uno del otro. En este sentido, la distinción de Alavi es pertinente: «Un modo de producción define la estructura de las relaciones sociales de producción; es un concepto analítico»; es decir, un concepto que debe implicar una manera coherente de funcionar un sistema como *ideal* y no intentar confundir la realidad con el modo de producción; éste no debe convertirse en una «construcción de la realidad» en la medida en que normativiza y disciplina el funcionamiento de sus partes al margen de las partes mismas. «El concepto de "formación social" —añade Alavi— es un término descriptivo. Denota una entidad social actual y específica, con todas sus particularidades, producto de desarrollos pasados, de estructuración y reestructuración, resultado del accidente y del designio y de todos los legados del pasado y potencialidades para el futuro. Como tal, se refiere a una particular, geográficamente limitada e históricamente dada, entidad social con recursos y formas dadas de organización y política y rasgos culturales»⁷³.

Aunque hemos de reconocer que el concepto de formación social, en tanto que descriptivo, puede aplicarse a entidades sociales de diverso tamaño, se ha impuesto en las ciencias sociales la costumbre de identificarlo con las unidades políticas usuales en cada momento histórico: las naciones y/o los Estados-nacionales para el Capitalismo, las monarquías o los reinos para el Feudalismo, etc. De manera análoga, y más aún conforme la división del trabajo se fue haciendo más compleja y la interrelación entre los fenómenos económicos mayor, el concepto de modo de producción acabó aplicándose a las formaciones sociales o incluso a unidades de análisis mayores. Así, ambos conceptos se convirtieron en dos herramientas exclusivas y, en cierto sentido, imprescindibles para el análisis macrosociológico.

El problema es que tales conceptos acabaron entorpeciendo más que facilitando el análisis, ocultando la diversidad de procesos sociales y formas

⁷³ Hamza ALAVI, *The Structure...* op. cit., p. 178.

productivas integrados bajo la denominación genérica de modo de producción. Es por ello que creemos de utilidad la recuperación del concepto de «Comunidad Local» y la elaboración de uno relativamente nuevo, el de «Forma Social de Explotación», más pertinentes para análisis de carácter microsocioal. Entendemos por «Comunidad Local» aquel agregado de grupos domésticos que, estando asentado sobre un territorio específico, mantiene sus formas de vinculación por diferentes tipos de relaciones sociales, entre las cuales el parentesco, la vecindad y la amistad tienen una consideración significativa en su calificación como grupo social; es decir, aquel agregado de grupos domésticos «unidos por un sistema de lazos y relaciones; por intereses comunes, pautas compartidas de normas y valores aceptados; por la conciencia de ser distintos de los demás grupos, definidos de acuerdo con el mismo principio»⁷⁴. Hacemos hincapié en el concepto de grupo doméstico y no en el individuo como factor básico de agregación, puesto que entendemos tales grupos domésticos como unidades básicas de acción social y económica (siendo su carácter de unidad de renta clave para nuestra conceptualización), manteniendo la tradicional naturaleza de ser unidades de producción, reproducción y consumo⁷⁵; por tanto, de ellos se derivan un conjunto de efectos sociales diferenciados y se generan prácticas socialmente significativas, máxime cuando analizamos formas de explotación fuertemente confundidas con la familia⁷⁶, como es el caso de las sociedades rurales.

El concepto de «Comunidad Local» sería, pues, un concepto descriptivo de las entidades locales «con recursos y formas dadas de organización económica y política y rasgos culturales» propios. En este caso, el acercamiento a la «Comunidad Local» lo realizaríamos mediante el concepto de «Forma Social de Explotación», diferenciándolo del concepto de Modo de Producción no sólo por el tamaño de la unidad de observación, sino porque a este nivel de análisis podemos encontrar, mediante el estudio de casos, elementos explicativos que, sin ánimo de generalización, nos permitan contestaciones cualitativas a las preguntas formuladas y con la posibilidad de encon-

⁷⁴ Boguslaw GALESKI, *Basics Concepts of Rural Sociology* (Manchester University Press, 1972), p. 76. Traducción castellana como *Sociología del campesinado* (Barcelona: Península, 1977).

⁷⁵ Jacques GOODY, *Production and Reproduction* (Cambridge University Press, 1973). Cfr., también, Raúl ITURRA, *Antropología económica de la Galicia rural* (Santiago: Servicio de Publicaciones da Consellería da Presidencia e Administración Pública, Xunta de Galicia, 1988), pp. 17-24, y Eduardo SEVILLA GUZMÁN, «El campesinado», en Salustiano del Campo (ed.), *Tratado de Sociología* (Madrid: Taurus, 1989), pp. 366-399.

⁷⁶ Junto al conocido énfasis puesto por Chayanov para el campesinado, pueden citarse otros autores que sitúan la base de su argumentación en los grupos domésticos: Marshall SHALINS, *Stone Age Economics* (Londres: Tavistock Publications, 1974); Claude MEILLASSOUX, *Femmes, greniers et capitaux* (París: Maspero, 1976); Hans MEDICK, «The protoindustrial family economy: the structural function of household and family during the transition from peasant society to industrial capitalism», en *Social History*, núm. 3, octubre 1976, entre otros muchos.

trar evidencia empírica que las fundamente. No obstante, para aprehender toda la riqueza y heterogeneidad de la realidad social es preciso trabajar previamente con conceptos más operativos. En este sentido, se trata de revitalizar el concepto marxiano de «Procesos de Trabajo».

Entendemos por «Proceso de Trabajo», basándonos en Marx⁷⁷, al conjunto de operaciones, ordenadas y sistematizadas por el empleo de un saber específico, que tiene por objeto la transformación de una materia prima (tenga ésta o no trabajo incorporado) en producto con un valor de uso dado mediante el consumo de una cantidad determinada de energía y materiales y la utilización de los instrumentos o medios de producción adecuados.

Extrapolando el planteamiento que hace Marx respecto a las condiciones materiales que han de concurrir para que el proceso de trabajo se efectúe⁷⁸, podrían establecerse las generalizaciones que presentamos a continuación. Todo proceso de trabajo requiere el concurso de otros procesos o actividades anteriores o posteriores para que pueda realizarse; requiere de las funciones sociales que realizan otros agentes sociales. Ello da lugar a una «división social primaria o restringida del trabajo», que tiene como principal función proveer de los materiales, medios de producción, energía o saberes necesarios a la ejecución del proceso de trabajo que consideremos. A esta división simple del trabajo, que no alude a la diversificación de tareas y actividades sociales necesarias para el desarrollo en su conjunto de una sociedad dada, sino sólo a uno de sus sectores, la denominaríamos *Proceso Social de Trabajo*. Este concepto, cuando se utiliza para agregados sociales reducidos como la comunidad local, puede tener una utilidad importante para el análisis de la asignación de los lugares sociales de los agentes.

Ello implica, cuando menos, el establecimiento de relaciones sociales entre los agentes como consecuencia de su participación en el proceso social de trabajo y del surgimiento de una «cultura material» específica que asegura su ejecución. Parentesco, vecindad y amistad se combinan aquí de manera específica en el seno de estrategias desarrolladas por los agentes para la reproducción de dichos procesos de trabajo⁷⁹.

En un sentido *estático*, podríamos distinguir tantos procesos de trabajo como maneras de operar para el logro de un fin (un determinado valor de uso) que se dieran en una formación social dada. Su caracterización se reali-

⁷⁷ Karl MARX, *El Capital* (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), tomo I, cap. 5, pp. 130 y ss.

⁷⁸ Karl MARX, *El Capital*, op. cit., p. 133.

⁷⁹ Pierre BOURDIEU, *Cosas dichas* (Buenos Aires: Gedisa, 1988), pp. 67 y ss. En los procesos de trabajo no sólo intervienen los objetos, el trabajo y los instrumentos, sino también media el logro de un determinado fin, sujeto a una determinada racionalidad productiva. Como dijo Marx: «El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, realiza en ella su fin, fin que él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad.» Karl MARX, *El Capital*, op. cit., p. 131.

zaría a partir de la semejanza de las operaciones necesarias en un conjunto ordenado, independientemente de cuál fuera el producto; de la misma manera que son semejantes los procesos de trabajo utilizados para producir trigo y cebada, por ejemplo. En un sentido *dinámico*, sin embargo, unos procesos de trabajo se diferencian de otros en el carácter que, en su seno, la división técnica del trabajo, ejercen sobre la ordenación de las operaciones y en las características de los instrumentos de trabajo y de los saberes empleados. Es decir, la diferencia se encuentra en las distintas relaciones técnicas de producción: «Lo que distingue —afirma Marx— a las épocas económicas unas de otras no es lo que se hace, sino el cómo se hace, con qué instrumentos de trabajo se hace»⁸⁰. Ello implica poner el acento sobre *las modalidades de control o dominio* que los agentes sociales ejercen sobre el proceso de trabajo en general⁸¹.

El concepto de forma de explotación que hemos ido delimitando en el apartado anterior no puede quedar establecido teóricamente (como articulación de distintos procesos de trabajo) sin considerar que cada uno de éstos mantiene unas relaciones específicas de apropiación de la naturaleza o «relaciones ecológicas». Como dice Marx, «el trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en el que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza»⁸². En dicho proceso no se crea, pues, únicamente, riqueza según la economía clásica, sino que, como mantiene Frederick Soddy, se consume o se gasta, también riqueza, en forma de recursos materiales y energéticos⁸³. Marx parece intuir esto cuando afirma que «el trabajo devora sus elementos materiales, su objeto y sus instrumentos, se alimenta de ellos; es, por tanto, su proceso de consumo. Este *consumo productivo* se distingue del consumo individual en que éste devora los productos como medios de vida *del ser viviente*, mientras que aquél los absorbe como medios de vida del trabajo, de la fuerza de trabajo del individuo, puesta en acción. El producto del consumo individual es, por tanto, el *consumidor mismo*; el fruto del consumo productivo es un *producto* distinto del consumidor»⁸⁴.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 132.

⁸¹ Sobre este aspecto, cfr. el ya citado trabajo de Henry BRAVERMAN, *Labor and Monopoly Capital* (Nueva York: Monthly & Review Press, 1974). Refiriéndose al modo de producción capitalista, Braverman hace hincapié en que el progreso de la división técnica se convierte en fundamental para el control del proceso de trabajo al permitir que el trabajador asalariado sea desposeído de su conocimiento y del dominio gerencial de dicho proceso. Todo ello frente a la forma de explotación campesina, en la que la cooperación simple, el tipo de instrumentos y de operaciones que requiere el proceso de trabajo son controlados por el campesino y ejercidos mediante un saber que domina.

⁸² MARX, *El Capital*, op. cit., I, 5, p. 130.

⁸³ F. SODDY, *Cartesian Economics* (Londres: Hendersons, 1922), citado en Juan MARTÍNEZ ALIER, «Economía y Ecología: cuestiones fundamentales», en *Pensamiento Iberoamericano*, 1989, pp. 41-60.

⁸⁴ MARX, *El Capital*, op. cit., I, 5, p. 135. Marx no conocía entonces el tercer principio de la Termodinámica, aunque años más tarde entrara en contacto, aunque en forma efímera,

En cada proceso de trabajo se produce, pues, el gasto de una determinada cantidad de energía endosomática⁸⁵, necesaria para el uso de la fuerza de trabajo, y el gasto también de una determinada cantidad de energía exosomática, necesaria para la ejecución de las operaciones que dicho proceso de trabajo conlleva. Y ello sin contar el gasto energético incorporado, tanto a los materiales como a los medios de producción y los residuos y demás externalidades que toda actividad productiva genera⁸⁶. Si, por tanto, el proceso de trabajo no es más que el *consumo* de determinados recursos materiales y energéticos, interesa sobremanera conocer cuál es el carácter, renovable o no, de los recursos naturales empleados porque en todo proceso de trabajo se establecen *relaciones de apropiación* (consumo) de recursos materiales y energéticos que pueden ser o no renovables o que pueden reproducirse o no en el mismo proceso de trabajo. Si el «trabajo necesario» permite la reproducción, al menos teórica (ya que depende ese proceso reproductivo de las relaciones de producción, según la tasa de plustrabajo sea más o menos elevada), de la energía humana, no en todos los procesos de trabajo se repone la energía y los materiales consumidos ni se tienen en cuenta las externalidades desencadenadas en su ejecución⁸⁷.

Por tanto, en cada proceso de trabajo los hombres establecen una relación específica con el medio que puede ser depredadora o restauradora del equilibrio ecológico, y éste es uno de los rasgos definitorios de más interés para nuestros propósitos. Pero ello depende, en buena medida, del carácter de las relaciones de producción, ya que éstas generan, en buena parte, una dialéctica específica con las fuerzas productivas⁸⁸. En efecto, lo que imprime

con esta problemática a través de los comentarios que le hizo Engels en su correspondencia a lo largo de 1881 (cfr. J. MARTÍNEZ ALIER y José M. NAREDO, «A Marxist Precursor of Energy Economics: Podolinsky», en *Journal of Peasant Studies*, enero 1982). Como señala Martínez Alier, «en ese momento crucial pudo haberse producido el nacimiento de un marxismo ecológico, menos economicista y más verdaderamente materialista». J. MARTÍNEZ ALIER, «Ecologismo marxista y neonarodnismo ecológico», en *Mientras Tanto*, núm. 39, 1989, pp. 145-152, p. 150.

⁸⁵ Cantidad de energía consumida para el mantenimiento biológico del organismo cifrado entre 2.000 y 3.000 Kcal. diarias.

⁸⁶ Cfr. Juan MARTÍNEZ ALIER, «Economía y Ecología: Cuestiones Fundamentales», en *Pensamiento Iberoamericano*, 1989, pp. 41-60, pp. 42-43.

⁸⁷ Sobre esta cuestión, cfr. Juan MARTÍNEZ ALIER, *Ecological Economics* (Oxford: Blackwell, 1987); «Ecologismo marxista y neo-narodnismo ecologista», en *Mientras Tanto*, núm. 39, 1989, pp. 145-152; «Ecological Economics and Eco-Socialism», en *Capitalism, Nature and Socialism*, núm. 2, 1989, pp. 109-123; «Economía y Ecología: cuestiones fundamentales», en *Pensamiento Iberoamericano*, 1989, pp. 41-60. Cfr., también, Enrique LEFF, *Ecología y capital. Hacia una perspectiva ambiental del desarrollo* (México: UNHN, 1986); Víctor Manuel TOLEDO, *Ecología y autosuficiencia alimentaria* (México: Siglo XXI, 1985); Michael REDCLIFT, *Development and the Environmental Crisis* (Londres: Methuen, 1984).

⁸⁸ Juan MARTÍNEZ ALIER, «El marxismo y la economía ecológica», en *Mientras Tanto*, núm. 35, octubre 1988, pp. 127-147. Cfr., también, Michael REDCLIFT, *Development and Environmental Crisis* (Londres: Methuen, 1984). Como dice Maurice Godelier: «en todas partes aparece un vínculo último entre la manera de usar la naturaleza y la manera de usar al hombre». En cada proceso de trabajo históricamente dado, las relaciones de apropiación de la

me carácter al proceso de trabajo es la *relación de apropiación del trabajo excedente* creado en dichos procesos en la medida en que disciplina todas las relaciones que en su interior se establecen. Son las relaciones sociales de producción las que orientan la percepción de dicho excedente mediante el establecimiento de derechos (parentesco, propiedad, derechos políticos, etcétera) sobre los medios de producción, incluidos los recursos materiales y energéticos⁸⁹, y ello implica una configuración específica de los procesos de trabajo que los unifica y permite identificarlos bajo una misma Forma de Explotación.

La *aplicación de este marco de análisis* a los procesos de trabajo, tal como han sido anteriormente definidos, puede permitir caracterizar empíricamente cada una de las formas de explotación concretas existentes en una comunidad. No obstante, es importante resaltar que lo que define a una *Forma Social de Explotación (en su doble acepción de forma de explotación de los recursos naturales y del trabajo humano)* es la *forma específica de relación o combinación entre el trabajo humano, los saberes, los recursos naturales y los medios de producción con el fin de producir, distribuir y reproducir los bienes y servicios socialmente necesarios para la vida*. Y ello porque, en efecto, «todo proceso de producción social es —como decía Marx— al mismo tiempo proceso de reproducción. Las condiciones de la producción son también las de la reproducción...»⁹⁰. En cada comunidad, los agentes sociales deben sustraer del consumo recursos humanos y naturales para posibilitar la repetición de los procesos de trabajo y de las relaciones que en ellos se generan y que los hacen posibles. «En cualquier época como en cualquier cultura, los seres humanos necesitan guardar bienes y personas del consumo inmediato para ser usados en el futuro en la renovación del ciclo de vida. La forma de esta sustracción al consumo es un proceso diferente, como también las funciones o lo que es sustraído para ser usado después: lo guardado corresponde a bienes necesarios para la reproducción humana, de las ideas, de las técnicas, de las normas clasificatorias de personas o ética»⁹¹.

Así, pues, desde una perspectiva ecosociológica, las *relaciones de producción* poseen los factores reproductivos, tanto a nivel biótico como social y cultural, al generar la apropiación ecológica y social del excedente. Su análisis en términos de intercambios entre los agentes sociales y las esferas natural, agroecológica y social (mercado) en cada uno de los procesos de trabajo puede permitirnos caracterizar la producción y reproducción real

naturaleza son reflejo mutuo de las relaciones de explotación; por eso «no hay crisis en el uso de la naturaleza que no sea una crisis en el modo de vida del hombre», en *L'idéal et le matériel. Pensée, économie, sociétés* (París: Fayard, 1984), p. 155.

⁸⁹ Cfr. Enrique LEFF, *Ecología y capital...*, op. cit., p. 37.

⁹⁰ Karl MARX, *El Capital* (México: FCE, 1966), tomo II, XX, pp. 350 y ss.

⁹¹ Raúl ITURRA, «El grupo doméstico o la construcción coyuntural de la reproducción social», en *Conferencia al IV Congreso de Antropología de España*, Alicante, 21-24 abril 1987 (Alicante: Universidad de Alicante, 1989), pp. 19-38, p. 24.

(desprovistas de su legitimación social)⁹² en las diferentes formas de explotación en que se articulen, conformando éstas los límites del juego donde los agentes sociales desarrollan sus estrategias de reproducción social⁹³.

Pero ¿qué diferencia realmente a una Forma de Explotación de un Modo de Producción, puesto que las características de una están en el otro? Desde nuestro punto de vista, es la vocación totalizadora de una determinada forma de explotación la que determina su consideración como modo de Producción. Existieron y existen formas de explotación adecuadas a sectores de la actividad económica muy específicos que no han manifestado vocación totalizadora alguna, como es el caso de la Forma de Explotación Campesina o las Formas de Explotación protoindustriales (manufactura doméstica, por ejemplo). Estas no necesitaron —dada su posición subordinada— generar «sus propias relaciones jurídicas, sus formas de gobierno, etcétera», ya que los mecanismos de su reproducción estaban en buena parte supeditados a los propios de otras formas de Explotación totalizadoras.

En efecto, en las formaciones sociales coexisten, según hemos venido manteniendo hasta ahora, formas de explotación heterogéneas y adecuadas a esta u otra rama o sector de producción. Pero «en todas las formas sociales existe —según sostiene Marx— una producción determinada que es superior a las demás; las relaciones que ésta engendra asignan a las demás producciones y a las relaciones que éstas a su vez engendran, sus rasgos e

⁹² La visión organicista que las religiones propiciaron de la naturaleza y el hombre hizo concebir al mundo como una gran entidad biológica. Esta concepción propició unas relaciones no depredadoras de los hombres con la naturaleza. Sin embargo, cuando el papel de las religiones fue suplantado por la racionalidad del lucro capitalista y por una nueva religión: la ciencia y su manifestación normativa más evidente, la Economía, las relaciones entre los hombres y la naturaleza cambiaron. Como sostiene Naredo: «Cuando se racionalizan los procesos del mundo natural, desacralizándose, cuando se descubre que en el mundo inorgánico no tienen lugar esos procesos de generación en los que antes se creía, cuando se constata que éste no se ajusta a esa visión sexualizada del mundo que recogían las antiguas mitologías, es cuando la llamada ciencia económica extiende la idea de "producción" al conjunto de las actividades humanas, aunque sean meramente de apropiación o de transformación (y destrucción) de materias ya existentes en el planeta e incapaces de reproducirse... Y es que esta idea de la "producción" —en torno a la que giraban las antiguas creencias y mitologías— se adaptaba perfectamente a las exigencias de la nueva ideología que nació con el capitalismo, de confundir aquellas actividades y trabajos consagrados a la apropiación y transformación de ciertas riquezas naturales a ritmos superiores a los que la naturaleza podía reponerlos, de aquellos otros destinados a acrecentar la producción de riquezas.» José Manuel NAREDO, «La ideología del progreso y de la producción encubre la práctica de la destrucción», en Humberto da Cruz (ed.), *Crisis económica y ecología, Crisis ecológica y economía* (Madrid: Ediciones Miraguano, 1980), pp. 109-110.

⁹³ Sobre esta cuestión, cfr. Pierre BOURDIEU, «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction», en *Annales*, año 27, núms. 4-5, julio-octubre 1972, pp. 1105-1125; del mismo autor, «De la regla a las estrategias», en *Cosas dichas* (Buenos Aires: Gedisa, 1988), pp. 67-82; Jack GOODY, *Production and Reproduction* (Cambridge University Press, 1976); Raúl ITURRA, «Strategies de reproduction: le droit canon et le mariage dans une village portugais (1862-1983)», en *Droit et Société*, núm. 5, París, 1987, 22 pp., o su monografía *Antropología económica de la Galicia rural* (Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1988).

influencias respectivas. Se trata de una especie de luz general que baña a todos los colores y modifica sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las cosas...»⁹⁴. Las relaciones de producción propias de esa forma de explotación, con vocación totalizadora, constituyen «la estructura económica de la sociedad, el fundamento real, sobre la cual se elevan las superestructuras jurídicas y políticas, a las que corresponden formas definidas de conciencia social»⁹⁵.

Es esa vocación totalizadora la que convierte a una Forma Social de Explotación en Modo de Producción. Y ello mediante la *subsunción* de las otras formas presentes, ya sea *formal* o *realmente*, en las distintas actividades que conforman la división social del trabajo. El modo de Producción estaría, pues, constituido por formas de explotación «subordinadas realmente» y, por tanto, con idénticas relaciones de producción, distribución y reproducción al margen de la rama o sector en la que tuvieran lugar; y por los mecanismos ideológicos, políticos, jurídicos y culturales que garantizarían su reproducción y la reproducción subordinada de las otras formas de explotación diferentes.

Este es, más en lo concreto, el sentido que para nosotros tiene el concepto marxiano de «subsunción». Marx lo elaboró para significar las modalidades heterogéneas mediante las cuales el Modo de Producción Capitalista se «apoderaba» de otras formas de explotación. Porque éstas no coexistían simplemente, sino que mantenían «relaciones mutuas». Marx profundizó *teóricamente* sobre el particular al distinguir entre la producción de plusvalor absoluto y plusvalor relativo, como dos modalidades diferentes de apropiación capitalista del plusvalor. Si bien reconocía que: «La producción de plusvalor absoluto es la base general sobre la que descansa el sistema capitalista y el punto de arranque para la producción de plusvalor relativo»; esta última suponía un «régimen de producción específicamente capitalista» y la transformación de la subsunción formal por la «subsunción real del obrero al capitalista». Dicha transformación, además, revolucionaba «desde los cimientos hasta el remate los procesos técnicos del trabajo y las agrupaciones sociales»⁹⁶. Habló, además, de «formas intermedias» de supeditación al capital, en las cuales éste «no se había adueñado todavía directamente del proceso de trabajo»⁹⁷. De acuerdo con este planteamiento, la «subsunción formal» se materializaría mediante la extracción del excedente absoluto —por tanto, sin cambios significativos en el proceso de trabajo— y la «subsunción real» mediante la extracción del valor excedente relativo que, obviamente, requeriría cambios en los instrumentos, técnicas y nivel de producción, es decir, un aumento de la productividad del trabajo.

⁹⁴ Karl MARX, *Grundrisse*, citado en Angel PALERM, *Modos de Producción y Formaciones Socioeconómicas* (México: Edicol, 19), pp. 10-11.

⁹⁵ Karl MARX, prefacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, citado en Angel PALERM, *op. cit.*, p. 8.

⁹⁶ Karl MARX, *El Capital*, tomo III, cap. 14, p. 426. El subrayado está en el original.

⁹⁷ *Ibidem*.

Pero nunca fue más allá de tal constatación, válida en su concreción para Inglaterra, ni explicó más detalladamente el significado de tales categorías conceptuales. Anteriormente rechazamos ciertas interpretaciones restrictivas y estructural-funcionalistas de las mismas y no vamos a reincidir aquí. Sólo vamos a destacar algunos aspectos que pueden ampliar el campo de utilización de los conceptos de «subsunción real y formal»: la distorsión que en las relaciones hombre/medio genera el paso de la *subsunción* formal a la real; la *utilización del concepto para la subordinación al capital de procesos no estrictamente económicos* y, finalmente, el papel del *conflicto* social en el cambio del carácter de la subsunción.

Los procesos de trabajo subsumidos «realmente» al capital son aquellos en los que la cooperación es cada vez más compleja y en los que los procesos técnicos tienen cada vez mayor importancia frente a la fuerza de trabajo. En ellos el capital constante aumenta de manera continuada, alentado por la expectativa del beneficio. Pero el capital constante no sólo representa trabajo incorporado, como afirmaba Marx, sino que en términos de economía ecológica representa una cantidad de energía y de materiales consumidos y por consumir para su funcionamiento que no son reproducidos en el mismo proceso de trabajo, y la generación de una determinada cantidad de residuos.

En efecto, el Capital superó las limitaciones propias a la plusvalía absoluta mediante el aumento de la capacidad productiva de la energía contenida en el trabajo. El mecanismo típicamente capitalista de maximización del beneficio llevó, pues, a la progresiva mecanización de la producción; o dicho en términos de economía ecológica: a la progresiva adición o sustitución de energía humana por cantidades crecientes de materiales y combustibles fósiles —no renovables, por tanto— en el proceso de trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas, como tendencia inmanente a la lógica del capitalismo, corría paralelo al receso, paradójicamente, de los recursos naturales. Luego ha sido y es, precisamente, ese mecanismo consustancial a la producción específicamente capitalista, la causa principal del consumo abusivo de energías y materiales y de la progresiva contaminación por residuos. Cuanto más trabajo humano es sustituido por energía y materiales para conseguir mayores beneficios (clave de la plusvalía relativa), mayor es la necesidad del modo de producción capitalista de abaratar las materias primas y de expulsar de sus costes los creados por los desechos de la actividad productiva. Sólo es posible incrementar la explotación del trabajo aumentando la explotación de la Naturaleza. En este sentido, los conceptos de subsunción real y formal son útiles para caracterizar, en términos de economía ecológica, la *intensidad entrópica con que el capitalismo modifica los procesos de trabajo* en paralelo con el grado de mercantilización que sus diferentes factores alcanzan⁹⁸.

⁹⁸ En los países llamados «socialistas» han sido el Productivismo y la competencia con los países capitalistas, basados en una comprensión errónea e interesada para las «nomencla-

«Ninguna civilización ha sido ecológicamente inocente», mantienen J. P. Deléage y D. Hémerly, pero reconocen que en aquellas culturas «en las que el hombre es la fuerza productiva principal, la adaptación al ecosistema es el principio fundamental del funcionamiento de la sociedad...»⁹⁹. En este sentido el paso de la subsunción formal de procesos de trabajo a la subsunción real ha supuesto históricamente la ruptura *definitiva* de las situaciones más o menos homeostáticas precedentes y la instauración de unas relaciones entre la sociedad y su ecosistema que han desembocado en la actual crisis ecológica¹⁰⁰.

Si el *concepto de subsunción puede aplicarse como herramienta teórica a los postulados de la economía ecológica*, su virtualidad va más allá del análisis puramente económico y encierra una manera general de entender *todas* las relaciones sociales entre los hombres y su evolución en el interior de sociedades dadas. Por tanto, su ámbito de aplicación puede ampliarse, como han sugerido tanto Maurice Godelier como Ann Stoler, a ámbitos muy diversos como la cultura, la política, etc. Es decir, no se agota en el análisis de la subordinación de los procesos de trabajo, sino que debe aplicarse también a las «relaciones sociales bajo las cuales los productores directos son producidos», como, por ejemplo, el papel de la enseñanza burguesa (mentalidad contable fomentada por la matemática, etc.) en la subordinación de la cultura campesina o la transformación de su «racionalidad» no basada en el lucro¹⁰¹.

Por último, debemos realzar el papel que el conflicto social tiene y ha tenido en las relaciones entre las formas de explotación subordinadas al modo de producción capitalista. Frente a las interpretaciones estructural-funcionalistas, para las que la «pervivencia» de formas de explotación subordinadas es una necesidad generada por el desarrollo del modo de producción dominante, debemos entender dicha pervivencia en términos de conflicto entre esas formas y el modo de producción. El resultado de dicho conflicto puede implicar la pervivencia de una determinada forma de

turas» del papel de las fuerzas productivas como agentes del cambio hacia el Comunismo, los que han mantenido, como dice Giddens, el contrasentido de la «explotación socialista». ¿Cómo explicar la reinversión y el crecimiento económico si se remunera al trabajador todo el producto de la energía endosomática consumida? La productividad creciente del trabajo está en la base tanto del Capitalismo como del «Socialismo Real» y constituye el principal factor de ruptura con el medio.

⁹⁹ J. P. DELÉAGE y D. HÉMERY, *Les servitudes de la puissance, une histoire de l'énergie* (París: Flammarion, 1986).

¹⁰⁰ Ello no quiere decir que, en las situaciones de subsunción formal, las formas de explotación subordinadas no se vean constreñidas a la ruptura de su equilibrio homeostático por la presión del capital al minar las bases de su reproducción social —caso, por ejemplo, de los campesinos que en los bosques subtropicales se dedican a la deforestación al ser expropiadas sus tierras y las bases de su subsistencia anterior— ni expuestas a las crecientes externalidades negativas que la actividad económica del mundo desarrollado está provocando en las áreas del Tercer Mundo.

¹⁰¹ Raúl ITURRA, «Continuity and Change: The peasant way to transition in a Galician village», en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, París, diciembre 1987.

explotación en régimen de cierta independencia; la renegociación continua de las formas en las que se subordina al modo de producción dominante; o su desaparición definitiva por medio de la transformación total del proceso de trabajo (subsunción real). Sin olvidar tampoco que la capacidad de subordinación del modo de producción dominante no está previamente escrita como algo progresivo e inevitable, sino que depende de la resistencia que encuentre —medida en términos de conflicto— en las otras formas de explotación y de su propia fortaleza o debilidad para vencerla.

Es el caso, por ejemplo, de las estrategias de resistencia y adaptación que el campesinado ha desarrollado históricamente frente a la subordinación formal, primero, y después real al modo de producción capitalista. Tales estrategias no deben, sin embargo, entenderse únicamente en términos de conflicto abierto —en el sentido tradicional usado para designar los motines, manifestaciones, incendios, bandidaje social organizado y otras formas de violencia campesina—, puesto que esta concepción tradicional de las prácticas de clase es el producto de la aplicación de parámetros de la cultura urbana y letrada a un grupo social que no lo es. Es más, la gradación moral de acciones que la historia social marxista¹⁰² ha construido, desde la Rebeldía Primitiva —significada por George Rudé o Eric Hobsbawm¹⁰³— hasta el *status* privilegiado de que gozan los movimientos organizados y con expresión política, deriva de la visión leninista y de su concepción de la conciencia de clase plasmada en la didáctica «partido de vanguardia-masas». Tal concepción, que se ha revelado ineficiente para explicar el comportamiento conflictivo de la propia clase obrera, resulta especialmente inoperante para analizar la práctica específica de clase del campesinado¹⁰⁴.

Junto a las manifestaciones típicas del conflicto rural deben considerarse también lo que Jim Scott ha llamado formas cotidianas de resistencia campesina: falsa sumisión, ratería, furtivismo, ignorancia fingida, calumnia, incendios, sabotaje, desertión, roturaciones ilegales, etc.; es decir, formas de acción social no necesariamente coordinadas ni colectivas entre las que debe incluirse también la resistencia simbólica o ideológica, «como una par-

¹⁰² Harvey J. KAYE, *The British Marxist Historians. An Introductory Analysis* (Cambridge/Oxford: Polity Press/Basil Blackwell, 1984). Existe una excelente edición castellana de Julián Casanova en Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989.

¹⁰³ *Captain Swing* (Londres: Lawrence & Wishart, 1969), y tan erróneamente aplicada al caso andaluz por este último. Cfr. E. HOBSBAWN, *Primitive Rebels...* Cfr. la crítica pionera de J. Martínez Alier en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, recientemente reproducida en E. Sevilla Guzmán y Karl Heisel (eds.), *Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía* (Córdoba: Excmo. Ayuntamiento, Colección Díaz del Moral, 1988).

¹⁰⁴ El concepto de «economía rural de los pobres» fue acuñado por Edward P. Thompson en *The Making of the English Working Class* (Harmondsworth: Penguin, 1980; 1.ª ed., 1963), pp. 68-73, y desarrollado posteriormente en diferentes trabajos. Cfr. «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», en *Past and Present*, núm. 50, febrero 1971. Tal conceptualización posee una gran capacidad analítica y enlaza directamente con la crítica de Karl Polanyi al liberalismo económico.

te integral de la resistencia de clase»... «El objetivo, después de todo, de la resistencia campesina no es derribar directamente o transformar un sistema de dominación, sino lo suficiente para sobrevivir dentro de él. El objetivo usual de los campesinos... es trabajar en el sistema con la mínima desventaja... pueden aliviar la explotación, pueden cambiar el curso del desarrollo subsiguiente y pueden, más raramente, ayudar a derribar el sistema. Estas son consecuencias posibles. Su intención, por contra, es siempre sobrevivir y persistir.» Y lo mismo podríamos decir de los Huachilleros peruanos, de los trabajadores de las plantaciones de Sumatra, de las luchas ecológicas en la India o del propio campesinado andaluz¹⁰⁵.

Una aplicación convincente de las herramientas teóricas hasta aquí explicitadas puede encontrarse en la confrontación entre dos formas típicas de explotación: la campesina y la capitalista, con resultados ecológicos y sociales dispares. No vamos a entrar, por falta de espacio, en una caracterización de ambas; sólo señalar que, frente a la producción capitalista, la campesina contiene —cuando no se encuentra aún subordinada totalmente al Capitalismo— una alta racionalidad ecológica. Víctor Toledo ha subrayado recientemente el carácter eficiente de la *producción campesina tradicional*, dado que basa sus fuentes esenciales en la energía humana y animal plasmada en el trabajo; a ello debe añadirse que dicha producción realiza un aprovechamiento integral de los subproductos generados en la actividad productiva y mantiene tiempos de producción que permiten la renovación de los suelos. El manejo eficiente de la energía surge del carácter mismo de la forma de explotación campesina: por el aporte familiar de la fuerza de trabajo; por el alto nivel de autosuficiencia, donde predominan los valores de uso sobre los de cambio; por el autoconsumo como limitador de las necesidades a las imprescindibles para la existencia; por los objetivos que orientan la propia práctica productiva, la reproducción simple de la explotación; etcétera.

De acuerdo con esto, Toledo llega a la conclusión de que el campesinado tradicional participa escasamente de los flujos económicos del mercado o lo hace de manera subordinada al logro de la autosuficiencia. Dado que ésta depende esencialmente de la explotación de los recursos naturales, «el mantenimiento y reproducción del campesino y de su familia se basa más sobre los productos que vienen de la naturaleza que de los bienes obtenidos del mercado»; de ahí que sea el primer interesado en «adoptar mecanis-

¹⁰⁵ Jim SCOTT, «Everyday forms of Peasant Resistance», en *Journal of Peasant Studies*, vol. XXII, núm. 2, 1986, pp. 5-35, *passim*. Para una argumentación más amplia, cfr. *Weapons of the Weak. Everyday forms of Peasant Resistance* (Massachusetts: Yale University Press, 1985). En este mismo sentido de resistencia y lucha contra la penetración del capitalismo, cfr. Ramachandra GUHA y Madhav GADGIL, en *Past and Present*, mayo 1989, y su *The Unquiet Woods* (Delhy: Oxford University Press, 1989); Juan MARTÍNEZ ALIER, *Los Huachilleros del Perú* (Lima-París: Ruedo Ibérico, 1974), y Eduardo Sevilla Guzmán y Karl Heisel (eds.), *Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía* (Córdoba: Excmo. Ayuntamiento, Colección Díaz del Moral, 1988).

mos de sobrevivencia que garanticen el flujo ininterrumpido de bienes, materiales y energía del medio natural». Se comprende entonces que el campesino prefiera una producción no especializada, basada en el principio de la diversidad de recursos y de prácticas productivas; se comprende también que no sea exclusivamente un trabajador agrícola, sino que complete su actividad fundamental con otras prácticas extractivas y productivas, resguardándose de las fluctuaciones que el azar, el clima o incluso el mercado provocan en las economías domésticas. Y es esta estrategia «multiuso» la que convierte a los campesinos en los primeros interesados en reproducir y conservar tanto la diversidad biológica como la heterogeneidad espacial; es decir, la que los convierte en *ecológicamente conservacionistas*¹⁰⁶.

Sin embargo, raramente encontramos, tanto en la actualidad como en la historia reciente de los países del centro desarrollado, estas formas «puras» de producción campesina. Es usual que los grupos domésticos diversifiquen sus fuentes de actividad y renta y participen, al mismo tiempo, en formas de explotación diferentes. Este fenómeno de «pluriactividad» responde a las estrategias de subsistencia y reproducción que los individuos, pero sobre todo los grupos domésticos, desarrollan ante el dominio de las relaciones de mercado y la pérdida de sus bases naturales de producción que conlleva su sumisión al Capitalismo¹⁰⁷. Esta coexistencia de relaciones de producción distintas, algunas de ellas incluso capitalistas, no responde la mayoría de las veces, sin embargo, a la racionalidad o a la lógica del intercambio mercantil capitalista, sino a la lógica reproductiva del campesinado¹⁰⁸.

La autoexplotación de la fuerza de trabajo, como propio de la lógica campesina, se explica así no sólo como producto de las necesidades de consumo familiar, sino sobre todo por la lógica de su reproducción social. El campesino ha de producir tanto para satisfacer sus necesidades, manteniendo asegurada su producción y consumo futuros (fondo de reemplazo); para hacer frente a sus obligaciones sociales, impuestas por relaciones culturales de carácter social, de parentesco, amistad o religiosas (fondo ceremonial); como para responder a la transferencia de excedentes que le exige la socie-

¹⁰⁶ Víctor TOLEDO, «The Ecological Rationality of Peasant Production», en Miguel ALTIERI y Susan HECHT (eds.), *Agroecology and Small-Farm Development* (Berkeley: CRC Press, 1990), pp. 53-60.

¹⁰⁷ Cfr. al respecto Raúl ITURRA, *Antropología económica de la Galicia Rural* (Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1988); Franco CAZZOLA, «La pluriattività nelle campagne italiane: alcuni problemi interpretativi», en *Bollettino Bibliografico del Centro Studi per la Storia Comparata*, Nápoles, 1988, pp. 79-90; Giovanni FEDERICO, «Contadini e mercato: tattiche di sopravvivenza», en *Società e Storia*, núm. 38, 1987, pp. 877-913; cfr. también los trabajos contenidos en el núm. 6 de la revista *L'etnuografia*, D'Etnografía de Catalunya, dedicado monográficamente a «Grupo doméstico y transición social».

¹⁰⁸ Ello implica dotar al grupo doméstico campesino de una capacidad de acción autónoma, de desarrollar estrategias propias y específicas, que las teorías sobre el desarrollo capitalista —tanto en su versión de la «Modernización» como del «Marxismo Agrario»— siempre le negaron, relegándole a la consideración de sujeto pasivo de una transformación social inevitable.

dad global (fondo de renta)¹⁰⁹. Existe, pues, una parte de la producción campesina que es absorbida por los sectores no campesinos de la sociedad. Este fenómeno forma parte de la integración/subordinación que tanto en términos económicos, sociales como políticos y culturales se da en mayor o menor grado entre el campesinado y la sociedad global, y es consecuencia de las relaciones asimétricas que se establecen entre ambos como consecuencia de la distribución del poder económico, social y político.

De acuerdo con lo dicho, el elemento clave a considerar, cuando se analiza la evolución de las modalidades de subordinación de la explotación campesina a un modo de producción dominante, es la diversidad de formas de extracción del excedente (entendido no sólo como un flujo monetario o de alimentos y materias primas, sino como un flujo de energía y materiales) y la específica reacción campesina ante ellas, manteniendo, modificando en parte o transformando los procesos de trabajo y, consecuentemente, su relación con la Naturaleza. Varias son las modalidades básicas de extracción del trabajo excedente campesino que se producen bajo el Capitalismo¹¹⁰; el más típico consiste en la extracción de plusvalía mediante el trabajo asalariado que describiera Marx y que sirvió para teorizar desde el marxismo tradicional la vía «normal» hacia el capitalismo agrario. Sin embargo, la evidencia empírica¹¹¹ muestra que ésta no constituye ni la forma más generalizada ni más normal de subordinación de la producción agraria al Capitalismo. La forma más normal de explotación sigue siendo la campesina o, si se quiere, familiar sin trabajo asalariado. En este último caso, dicha subordinación se opera mediante los mecanismos del mercado.

Tanto para el marxismo agrario como para las teorías de la modernización, el mercado actúa como disolvente de las formas de explotación campesinas. Cuanto más involucradas se encuentran en el mercado, más cerca se halla su disolución/transformación en formas de explotación específicamente capitalistas. Desde nuestra perspectiva no se trata, sin embargo, de poner en el centro del debate el carácter capitalista o feudal, o la consideración como modo de producción específico de las formas de explotación campesinas; la cuestión es otra: el distinto grado de mercantilización de sus economías que éstas desarrollan en contacto con el mercado y que las coloca en un grado mayor o menor de subordinación al sistema capitalista. El resultado puede ser, efectivamente, la transformación total

¹⁰⁹ Eric WOLF, *Peasant...*, op. cit. (Londres: Prentice-Hall, 1966), pp. 4-10.

¹¹⁰ Para esta cuestión y, en general, para un estudio sistemático de los mecanismos de extracción del trabajo excedente campesino, véase C. D. DEERE y A. DE JANVRY, «A conceptual framework for the empirical analysis of peasants», en *American Journal of Agricultural Economics*, vol. VI, núm. 4, 1979.

¹¹¹ Confrontar, por ejemplo, el estudio comparativo entre los distintos países europeos realizado en cuanto al tipo de explotación predominante hasta la actualidad que ha sido llevado a cabo por Roberto FANFANI, «Proprietà terriera e azienda agricola nell'Italia del dopoguerra», en Piero BEVILACQUA (ed.), *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea* (Venecia: Marsilio Editori, 1990), pp. 415-466.

(subsunción real) del proceso de trabajo y de la racionalidad que lo orienta; pero este proceso no necesariamente se realiza siempre ni es la meta previsible en la evolución de las sociedades agrarias; lo normal es que *existan* formas de explotación con distintos grados de subordinación al Capitalismo.

Dicho en otros términos, el conjunto de procesos de trabajo de una unidad doméstica campesina estarán más o menos en la esfera de los recursos de la economía externa o mercado que en la esfera de la economía interna campesina de acuerdo con los objetivos que construyan sus estrategias productivas y reproductivas. El valor de un producto está determinado por la productividad media del trabajo alrededor de la cual oscilan los precios. Sin embargo, en las economías capitalistas avanzadas, al menos, éstos están fijados por el Estado considerando el efecto sobre los consumidores como prevalente respecto al efecto sobre los productores. Las unidades de producción capitalistas y campesinas que producen un mismo tipo de cultivo muestran, sin embargo, una división técnica del trabajo altamente diferenciada tanto en la ordenación de las operaciones realizadas como en las características de los instrumentos de trabajo y saberes empleados. Como señala Tepicht, en el tipo de fuerzas productivas campesinas la sustitución prevalente viene definida por los factores tierra y trabajo, frente a la sustitución de trabajo por capital típica de los procesos capitalistas¹¹². Por consiguiente, la mayor productividad del trabajo de las unidades de producción capitalistas beneficiará a éstas de la existencia de las unidades de producción campesinas al poder capturar la diferencia entre el valor de su trabajo y el valor socialmente determinado; igual relación asimétrica tendrá lugar entre la producción agraria, con una composición orgánica del capital más baja en términos relativos, y la producción industrial.

La respuesta de las unidades domésticas campesinas ante esta devaluación de su trabajo será el incremento de su tasa de autoexplotación. Esta será la respuesta campesina a corto plazo (hasta que pueda reorientar las estrategias productivas debido a la rigidez de la tierra como medio de producción). Tal reorientación pasará, lógicamente, por la recomposición y redistribución de su esfera de economía interior —es decir, de la recomposición y transformación del proceso de trabajo—, así como de su producción para el autoconsumo y de los ingresos no agrarios provenientes de su fuerza de trabajo doméstica. El efecto global de este proceso de apropiación capitalista del excedente campesino repercute incrementando la tasa de ganancia de las unidades de producción capitalistas, con lo que el aparente beneficio para el conjunto de los trabajadores del precio más bajo de los alimentos se transforma en un incremento de la tasa de plusvalía relativa, lo que sólo beneficia a los propietarios de los medios de producción.

¹¹² Jerzy TEPICHT, *Marxisme et Agriculture: le paysan polonais* (Paris: Armand Colin, 1973), pp. 24-26.

Este trasvase del excedente campesino ha llevado a algunos autores a afirmar que «los productores campesinos son equivalentes a los asalariados, ya que producen plusvalía pero en condiciones menos determinadas que el proletariado»¹¹³.

En definitiva, los reajustes que las unidades domésticas campesinas realizan entre las esferas de la producción interna y externa han de interpretarse como el producto de estrategias de resistencia o adaptación de acuerdo con su lógica reproductiva. En este sentido deben entenderse las decisiones tomadas por los campesinos en orden a transformar los procesos de trabajo, que pueden traer como consecuencia un grado mayor de dependencia del mercado. Dependencia que se explicita históricamente en la especialización productiva y en la introducción de *inputs* externos —sobre todo energéticos— con el objeto de incrementar la productividad, de lograr un ingreso monetario mayor con el cual adquirir bienes y servicios imprescindibles para su existencia y reproducción, que ahora asigna el mercado a través de los precios. La especialización productiva, la intensificación del *grado de subsunción* al capitalismo, resultan de la aplicación de estrategias puestas al servicio del logro de sus objetivos reproductivos en las nuevas condiciones creadas por aquél¹¹⁴. Indudablemente, tales cambios alteran la relación positiva del campesinado con la naturaleza: en la medida en que el flujo de bienes necesarios para satisfacer sus necesidades elementales depende cada vez más del mercado y menos de la naturaleza, tiende cada vez más a realizar una producción intensiva, altamente contaminante y consumidor de energía, que atenta contra la renovabilidad de los ecosistemas.

¹¹³ Henry BERNSTEIN, *Concepts for the Analysis of Contemporary Peasantries...*, op. cit., p. 23.

¹¹⁴ Cfr., por ejemplo, los procesos de mecanización y especialización lechera estudiados por Raúl ITURRA (*Antropología Económica de la Galicia Rural...*, op. cit., pp. 71 y ss.) y José María CARDESÍN (*Estrategias de cambio en la agricultura gallega: «Terra Cba» en los siglos XVIII-XX*, Santiago de Compostela: Tesis de Doctorado, Universidad de Santiago, octubre de 1990, pp. 30 y ss.); o la síntesis realizada por Ulf JONSSON y Ronny PETTERSON («Friends or foes? Peasants, Capitalists and Markets in West European Agriculture, 1850-1939», en *Review Fernand Braudel Center*, vol. XII, núm. 4, 1989, pp. 535-571) sobre el mismo tema para las explotaciones campesinas europeas. Los autores demuestran cómo el campesinado europeo pudo incorporarse sin problemas a las innovaciones en materia de cultivos, rotaciones, tecnología química, etc., que tuvieron lugar a finales de la pasada centuria y comienzos de la presente; incluso muestran cómo, tras un primer momento en que los precios hicieron posibles las economías de escala para la mecanización y la motorización, estos procesos pudieron ser incorporados con su producción masiva y precios asequibles a las explotaciones campesinas. Por tanto, no podemos mantener que el desarrollo tecnológico opere en una dirección determinada en lo que a la agricultura se refiere; especialmente en la idea extendida de que lo hace favoreciendo la extensión de las grandes explotaciones. Ello depende del tipo de tecnología de que se trate, de la facilidad con que puede difundirse, de las condiciones del mercado de factores y, por supuesto, de las estrategias reproductivas del campesinado. Lo cual implica no sólo que el desarrollo del Capitalismo no está predeterminado en la agricultura, sino que éste no prefiere ni la pequeña ni la gran explotación, sino todas y ninguna. La coexistencia es de formas de explotación y no de tamaños.